

[pepitas de calabaza ed.]

Una editorial con menos proyección que un cinexín

[...] La catástrofe histórica más profunda y más real, la que en última instancia determina la importancia de todas las demás, reside en la persistente ceguera de la inmensa mayoría, en la dimisión de toda voluntad de actuar sobre las causas de tantos sufrimientos, en la incapacidad de considerarlas siquiera lúcidamente. Esta apatía va a resquebrajarse, en el curso de los próximos años, de manera cada vez más violenta por el hundimiento de cualquier supervivencia garantizada. Y quienes la representan y la alimentan, cultivando un precario *statu quo* de ilusiones tranquilizantes, serán barridos. La emergencia se impondrá a todos y la dominación tendrá que hablar por lo menos tan *alto y claro* como los propios hechos. Con tanta mayor facilidad adoptará el tono terrorista que le conviene cuanto que estará justificada por realidades efectivamente aterradoras. Un hombre aquejado de gangrena no está dispuesto a discutir las causas de su mal, ni a oponerse al autoritarismo de la amputación. [...]

(*Encyclopédie des Nuisances*, n.º 13, julio de 1988).

ISBN: 978-84-938349-1-3



RENÉ RIESEL · JAIME SEMPRUN

Catastrofismo

RENÉ RIESEL · JAIME SEMPRUN

Catastrofismo, administración del desastre y sumisión sostenible

[pepitas de calabaza ed.]



RENÉ RIESEL nació en París en 1950. Fue miembro de los *enragés* y posteriormente de la Internacional Situacionista (desde 1968 hasta su expulsión en 1971); participó en la Confédération Paysanne entre 1991 y 1999, así como en las luchas contra los transgénicos en Francia, lo que le llevó a la cárcel por una acción de protesta. Su lucha contra los OGM forma parte de una crítica más amplia de la sociedad industrial. Ha publicado varios textos de crítica social en francés en la Encyclopédie des Nuisances. En español, se puede leer *Los progresos de la domesticación* libro publicado en el año 2006 por Muturreko burutazioak.

JAIME SEMPRUN nació en París en 1947. Además de incontables hojas, declaraciones y manifiestos, publicados anónimamente o bajo seudónimo, solo o acompañado (Los Incontrolados, EdN, Alliance contre toutes les Nuisances, etc.), escribió, entre otros, los libros *La guerra social en Portugal*, *Apología por la insurrección en Argelia*, *Diálogos sobre el fin de los tiempos modernos*, *El abismo se repuebla*, *Precis de Récupération y Défense*

(sigue en la otra solapa)

Catastrofismo,
administración del
desastre y sumisión
sostenible

Catastrofismo, administración del desastre y sumisión sostenible

Pepitas de calabaza ed.
Apartado de correos n.º 40
26080 Logroño (La Rioja, Spain)
pepitas@pepitas.net
www.pepitas.net

© Éditions de l'Encyclopédie des Nuisances
© De la presente edición: Pepitas de calabaza ed.

ISBN: 978-84-938349-1-3
Dep. legal: NA-0352-2011

Traducción: Emilio Ayllón Rull
Grafismo: Julián Lacalle

Primera edición, marzo de 2011

René Riesel
Jaime Semprun

Aun cuando la libertad estuviera enteramente perdida y totalmente fuera del mundo, ellos, imaginándola y sintiéndola en su espíritu y saboreándola aún, consideran que la servidumbre no es nunca digna de su aprecio, por bien que se la adorne.

Étienne de La Boétie,
Discurso de la servidumbre voluntaria.

PRECISIONES LIMINARES

LA EXTINCIÓN FINAL a la que nos arrastra la perpetuación de la sociedad industrial se ha convertido en muy pocos años en nuestro porvenir oficial. Ya sea considerada desde el punto de vista de la penuria energética, de los desórdenes climáticos, de la demografía, de los movimientos de poblaciones, del envenenamiento o la esterilización del medio, de la artificialización de los seres vivos, desde todos ellos a la vez o desde alguno más, puesto que las categorías del catastrofismo no escasean, la realidad del desastre en curso o, al menos, de los riesgos y peligros que comporta el curso de las cosas ya no se admite solo de mala gana; hoy, las propagandas estatal y mediática la detallan de manera permanente. En cuanto a nosotros, acusados a menudo de complacencia apocalíptica por habernos tomado en serio estos fenómenos, o tildados de «pasadista» por haber señalado la imposibilidad de escoger entre las realizaciones y promesas de la sociedad industrial de masas, avisamos desde ahora mismo de que aquí

no pretendemos añadir nada a los espantosos cuadros de una crisis ecológica total que están pintando desde los más variados ángulos tantos documentados expertos, en un sinfín de informes, artículos, programas de televisión, películas y libros cuyos datos actualizan diligentemente las agencias gubernamentales o internacionales y las ONG competentes. Estas elocuentes advertencias, cuando llegan al capítulo de respuestas que dar ante tan apremiantes amenazas, se dirigen en general a «la humanidad» para exhortarla a «cambiar radicalmente sus aspiraciones y su modo de vida» antes de que sea demasiado tarde. Nótese que estas conminaciones en realidad van dirigidas, si se quiere traducir correctamente su patetismo moralizante a un lenguaje un poco menos etéreo, a los dirigentes de los Estados, a las instituciones internacionales o incluso a un hipotético «gobierno mundial» que impondrán las circunstancias. Pues la sociedad de masas (es decir, aquellos a quienes ésta ha formado íntegramente, sean cuales sean sus ilusiones al respecto) jamás plantea los problemas que pretende «gestionar» si no es en los términos que hacen de su perpetuación una condición *sine qua non*. Así pues, mientras se produce el hundimiento, tan solo puede tratar de aplazar tanto como sea posible la dislocación del cúmulo de desesperaciones y locuras en que se ha convertido esta

sociedad; y no concibe otra manera de conseguirlo, se diga lo que se diga, que reforzando todas las coerciones y haciendo que los individuos se sometan más profundamente a la colectividad. Tal es el sentido verdadero de todos esos llamamientos a una «humanidad» abstracta, vieja máscara del ídolo social, si bien quienes los lanzan, valiéndose de su experiencia en la Universidad, la industria o la gestión (que son, por supuesto, la misma cosa), se mueven en su mayoría por ambiciones menos elevadas y únicamente sueñan con que se les sitúe al frente de instituciones *ad hoc*; mientras, partes significativas de la población se muestran dispuestas a dedicarse de manera voluntaria al trabajo sucio de la descontaminación o de la protección de personas y bienes.

No esperamos nada de una supuesta «voluntad general» (que quienes invocan suponen buena, o susceptible de volver a serlo a poco que se le amoneste con la suficiente severidad para que corrija sus inclinaciones ilegítimas), ni de una «conciencia colectiva de los intereses universales de la humanidad» que a estas alturas no tiene ninguna manera de formarse, y no digamos de ponerse en práctica. Nos dirigimos por tanto a individuos que son ya refractarios al colectivismo creciente de la sociedad de masas y que no descartarían por principio asociarse para luchar con-

tra esta *sobresocialización*. De este modo creemos ser fieles, en nuestra opinión mucho más que si optásemos por perpetuar ostensiblemente su retórica o su mecánica conceptual, a lo más auténtico de la *crítica social* en la que nos formamos, hace ya cuarenta años. Pues, independientemente de sus debilidades, de sobra evidentes con la perspectiva del tiempo o, si se prefiere, con la desaparición del movimiento dentro del cual se creía inserta, la cualidad principal de dicha crítica es que fue obra de individuos sin especialidad ni autoridad intelectual garantizada por una ideología o por una competencia socialmente reconocida (un «conocimiento especializado», como se dice ahora); de individuos, pues, que, habiendo elegido su bando, no se expresaban, por ejemplo, como representantes de una clase consagrada por predestinación a realizar su revolución, sino como individuos que buscaban los medios de hacerse dueños de su vida y que solo esperaban que otros, asimismo «sin atributos», supiesen actuar a su vez para reapropiarse del dominio de sus condiciones de existencia.

Puesto que no contamos, para desviar en un sentido más feliz el siniestro curso de las cosas, más que con lo que los individuos hagan libremente por sí mismos —y tal vez y sobre todo con lo que se nieguen a hacer—, no haremos vaticinios. Las profecías despa-

chadas con voz de oráculo, que tanto perjudicaron a la vieja crítica revolucionaria, están hoy más fuera de lugar que nunca. Se ha criticado frecuentemente una supuesta afición a la negrura por nuestra parte, cuando tan solo tratábamos de describir el mundo tal y como estaba cambiando, lo cual se imponía como requisito previo a cualquier pretensión de transformarlo. Las pocas citas que irán apareciendo en notas están ahí para mostrar la continuidad de nuestras reflexiones, apoyar los desarrollos que les damos ahora o para corregir, llegado el caso, formulaciones imprecisas o erróneas. Esta en todo caso, puede recogerse tal cual: «No rechazamos [...] lo que existe y se descompone de manera cada vez más nociva en nombre de un futuro que supuestamente nosotros representaríamos mejor que sus propietarios oficiales. Consideramos, por el contrario, que éstos representan el futuro a la perfección, todo el futuro calculable a partir de la abyección presente: es más, es lo único que representan y podemos dejárselo enterito» (*Discurso preliminar* de la *Encyclopédie des Nuisances*, noviembre de 1984).

EN UNOS POCOS AÑOS, el paralelismo entre el hundimiento del medio vital que tuvo lugar antaño en la isla de Pascua y el que está dándose a escala planetaria se ha impuesto como un perfecto resumen de nuestra condición histórica. Al parecer, el agotamiento de aquel ecosistema insular se debió efectivamente a la prosecución insensata de un productivismo particular: en ese caso se trataba de la erección de las siniestras estatuas que todo el mundo conoce, símbolos de una desolación que su factura presagiaba; exactamente igual que la estética monumental de las megalópolis de hoy. Popularizada por Jared Diamond, pronto encontraremos esta imagen de nuestro planeta dando vueltas en el espacio infinito, y tan privado de recursos en su desastre como la isla de Pascua perdida en medio del Pacífico, hasta en la propaganda de *Électricité de France* sobre las «energías del mañana», entre las cuales por supuesto hay que contar la nuclear; la cual, redimida por los trastornos climáticos, nos será tan útil para hacer funcionar, por ejemplo, las ya in-

dispensables desaladoras de agua de mar; o incluso para producir mediante electrólisis el hidrógeno que sustituirá ventajosamente al petróleo como carburante de la alienación motorizada.

Así pues, se acabó el misterio de la isla de Pascua, pero es sobre todo el futuro mismo de la sociedad mundial lo que carece de misterio, descifrable por entero gracias al conocimiento científico: ese es el verdadero mensaje que emite la propaganda. El conocimiento hoy día exhaustivo de la catástrofe que se abatió sobre unos primitivos absolutamente desprovistos de cualquier noción de un ecosistema que preservar, garantiza el saber que poseemos acerca de nuestra propia catástrofe en marcha. Todo tipo de expertos bien documentados y poco propensos a la alucinación paranoide nos informan así con toda su autoridad de que «los viejos terrores milenaristas» tienen ahora, «por primera vez, un fundamento racional» (André Lebeau, *L'Engrenage de la technique. Essai sur une menace planétaire*, 2005).

LA TESIS ANDERSIANA DEL «laboratorio-mundo», según la cual con las primeras pruebas nucleares el «laboratorio» se había vuelto coextensivo al globo, se ve recuperada positivamente, sin rebelión ni intención crítica alguna: como anodina constatación de nuestro encierro en el *protocolo experimental* de la sociedad industrial. Hubo historia, y ya solo hay una gestión integrada de los «recursos». Convenientemente modelizado, con todos los parámetros exigidos, el devenir histórico se reduce a un resultado calculable; y ello, maravillosa coincidencia, precisamente en el momento en que los expertos disponen de una potencia de cálculo inigualada y siempre creciente. La suerte de la humanidad está por lo tanto científicamente sellada: ya no le queda sino *optimizar el mantenimiento* de su frágil biotopo terrestre. Ese era el programa de la ecología científica y está convirtiéndose en el de todos los Estados.

III

YA MUSIL OBSERVÓ QUE, en «la especial predilección que el pensamiento científico siente por las definiciones mecánicas, estadísticas, materiales, por las fórmulas desconectadas del corazón», se ponía de manifiesto con la excusa del amor a la verdad «un gusto por la desilusión, por la coacción, por la inexorabilidad, por la frialdad de la amenaza y por la sequedad de la represión». Y Adorno señalaba un poco más tarde, a propósito de «la actividad científica, cuya intención es sojuzgar también los restos que como ruinas indefensas quedan del mundo», que en ella la energía intelectual ciertamente se despliega de manera prodigiosa, pero solo en determinadas direcciones socialmente controladas: «La estupidez colectiva de los técnicos investigadores no es simplemente ausencia o regresión de sus capacidades intelectuales, sino una tumefacción en la propia capacidad de pensar que la corroe usando de su propia fuerza. El mal del masoquismo en los jóvenes intelectuales deriva del carácter maligno de su enfermedad».

En todos los discursos del catastrofismo científico se percibe nítidamente una misma delectación a la hora de detallarnos las constricciones *implacables* que

en lo sucesivo pesarán sobre nuestra supervivencia. Los técnicos de la *administración de las cosas* se atropellan para anunciar con aire triunfal la mala nueva, ésa que al final vuelve ociosa cualquier disputa sobre el *gobierno de los hombres*. El catastrofismo de Estado es, de modo declarado, una incansable propaganda a favor de la supervivencia planificada; es decir, de una versión más autoritariamente administrada de lo que existe. En el fondo, después de tantas evaluaciones de datos y estimaciones de plazos, sus expertos tienen una sola cosa que decir: que la inmensidad de lo que está en juego (de los «desafíos») y la urgencia de las medidas que habrá que adoptar anulan la idea de que pudiese aligerarse siquiera el peso de las coerciones sociales, que tan *naturales* se han vuelto.

Siempre se puede contar con los viejos izquierdistas, los más rencorosos cuando hay que denigrar las aspiraciones revolucionarias de hace cuarenta años. Con el pretexto de que han renegado de sus antiguas creencias, siguen haciéndose un hueco enarbolando, con el mismo ardor que ponían en salmodiar las consignas de sus grupúsculos, los nuevos eslóganes de la sumisión: «La época no incita a inventar una utopía providencial suplementaria para que el mundo sea mejor. Obliga solamente a plegarse a los imperativos de lo vivo para que el planeta siga siendo viable»

(Jean-Paul Besset, *Comment ne plus être progressiste... sans devenir réactionnaire*, 2005). Los imperativos de lo vivo bien merecen, en efecto, el sentido de la historia para justificar «la dictadura de los más sabios, o de quienes sean considerados como tales»; y seguramente se demuestra cierto realismo cuando se espera del estado de excepción ecológico, antes que de una revolución, la instauración de un colectivismo burocrático por fin eficaz.

En estos llamamientos a plegarse a los «imperativos de lo vivo», la libertad se ve sistemáticamente calumniada en la figura del consumidor impenitente, cuyo individualismo incorregible, *propulsado* por el hedonismo sesentayochista, como es sabido ha devastado el planeta con total independencia. Frente a la amenaza —en particular de la «crisis climática», que los promotores del catastrofismo gustan de comparar con «la sombra del fascismo que se extendió en los años treinta sobre Europa»— no habría más elección que la sumisión *arrepentida* a las nuevas directrices del colectivismo ecológico o el puro nihilismo; cualquiera que se niegue a *responsabilizarse*, a participar con entusiasmo en esta gestión ciudadana de la basura planetaria, da así el *perfil* del terrorista en potencia.

IV

ACUSADOS TAN A MENUDO de derrotismo, y sobre todo precisamente de catastrofismo, tal vez sorprenda vernos ahora, cuando la catástrofe es como el tráiler que se proyecta una y otra vez en todas las pantallas, del tiempo venidero, declararnos hostiles a lo que a pesar de todo podría pasar por una toma de conciencia, o al menos por un principio de lucidez. Pero sería sin razón, pues ello supondría engañarse por partida doble: a la vez sobre lo que hemos dicho anteriormente y sobre lo que dicen esos expertos que se han vuelto tan alarmistas. No hablábamos de la misma catástrofe,¹ y

1 «La catástrofe histórica más profunda y más real, la que en última instancia determina la importancia de todas las demás, reside en la persistente ceguera de la inmensa mayoría, en la dimisión de toda voluntad de actuar sobre las causas de tantos sufrimientos, en la incapacidad de considerarlas siquiera lúcidamente. Esta apatía va a resquebrajarse, en el curso de los próximos años, de manera cada vez más violenta por el hundimiento de cualquier supervivencia garantizada. Y quienes la representan y la alimentan, cultivando un precario *statu quo* de ilusiones tranquilizantes, serán barridos. La emergencia se impondrá a todos y la dominación tendrá que hablar por lo menos tan *alto* y *claro* como los propios hechos.

la catástrofe total de la que ellos hablan no es más que un fragmento de la realidad.

V

A FIN DE PREVENIR cualquier malentendido, tenemos no obstante que precisar que la crítica de las representaciones catastrofistas no implica en absoluto que veamos en ellas, como a veces se hace, meras invenciones sin el menor fundamento, difundidas por los Estados para asegurar la sumisión a sus directrices, o, más aviesamente, por grupos de expertos interesados en asegurar su carrera dramatizando más de la cuenta su «campo de investigación». Semejante denuncia del catastrofismo no siempre es cosa de gente que defiende de ese modo tal o cual sector de la producción industrial particularmente cuestionado, o incluso la indus-

Con tanta mayor facilidad adoptará el tono terrorista que le conviene cuanto que estará justificada por realidades efectivamente aterradoras. Un hombre aquejado de gangrena no está dispuesto a discutir las causas de su mal, ni a oponerse al autoritarismo de la amputación» (*Encyclopédie des Nuisances*, n.º 13, julio de 1988).

tria en su conjunto. Así, se ha dado el caso de curiosos «revolucionarios» que sostenían que la crisis ecológica de la cual nos llega ahora la información en avalancha no era en suma más que un espectáculo, un señuelo mediante el cual la dominación trataba de justificar su estado de excepción, su consolidación autoritaria, etc. Podemos ver perfectamente cuál es el motor de tan expeditivo escepticismo: el deseo de salvar una crítica social «pura», que de la realidad solo quiere tener en cuenta lo que le permita prorrogar el viejo esquema de una revolución anticapitalista condenada a recuperar, por supuesto que «superándolo», el sistema industrial existente. En cuanto a la «demostración», el silogismo es el siguiente: *dado que* la información mediática es obviamente una forma de propaganda en favor de la organización social existente y que dicha información concede ahora un amplio espacio a diversos aspectos aterradores de la «crisis ecológica», *entonces* esta crisis no es sino una ficción inventada para difundir las nuevas consignas de la sumisión. Otros negacionistas, como se recordará, aplicaron la misma lógica al exterminio de los judíos europeos: *dado que* la ideología democrática del capitalismo obviamente no era sino un falso disfraz de la dominación de clase y que dicha ideología hizo después de la guerra amplio uso en su propaganda de los horrores nazis, *entonces* los

campos de exterminio y las cámaras de gas solo podían ser invenciones y montajes. En ese caso también se trataba de salvar ante todo la definición canónica del capitalismo negándose a reconocer su desarrollo «aberrante» (esto es, no previsto por la teoría). Y ya con anterioridad, durante la Guerra Civil española, hubo extremistas intransigentes que censuraron a los revolucionarios por enfrentarse al fascismo sin haber abolido de entrada el Estado y el trabajo asalariado.

VI

DEL MISMO MODO QUE NO pretendemos añadir nada a los inventarios catastrofistas de una «crisis ecológica total», tampoco entraremos a valorar los elementos en que se basan, ni a discutir los pormenores de tal o cual de los estragos que registran. Ahora bien, lo esencial de este infernal *catálogo de amenazas* ha sido finalmente autenticado por «el conjunto de la comunidad científica», certificado por los Estados y las instituciones internacionales; se ve al mismo tiempo promovido por los medios, encantados de tener que explotar un «filón» tan fructífero, y consagrado por la

inversión industrial en «desarrollo sostenible». Sus conclusiones, es decir, en el lenguaje al uso, las *opciones* que convendría no dejar pasar o la naturaleza de los *desafíos* a los que sería preciso hacer frente, a partir de ahora se discutirán ininterrumpidamente. Puesto que la ambición confesa de estos expertos catastrofistas es abrir tales «debates», no debería sorprender que vean en ello algo así como el principio de una «toma de conciencia». Más sorprendente resulta que lo consideren de la misma manera personas que no son expertas, y que llegan a veces a declararse enemigas de la sociedad industrial.

Si nosotros no vemos nada de eso, sino, por el contrario, un aumento de falsa conciencia, no es debido a un gusto desmedido por la paradoja o por algún perverso espíritu de contradicción. Es en efecto algo que hemos tenido que admitir nosotros mismos, a pesar de nuestras convicciones, y desde hace ya algún tiempo.

La degradación irreversible de la vida terrestre debida al desarrollo industrial ha sido denunciada y descrita desde hace más de cincuenta años. Quienes explicaban el proceso, sus efectos acumulativos y los previsibles puntos de no retorno, pensaban que una toma de conciencia le pondría término mediante algún tipo de cambio. Para unos, tenían que ser re-

formas conducidas activamente por los Estados y sus expertos; para otros se trataba principalmente de una transformación de nuestro modo de vida, cuya naturaleza exacta seguía siendo en general bastante vaga; por último, los había incluso que pensaban, más radicalmente, que era toda la organización social existente la que tenía que ser derribada por una transformación revolucionaria. Fuesen cuales fueren sus desacuerdos en cuanto a los medios que había que emplear, todos compartían la convicción de que un conocimiento de la envergadura del desastre y de sus consecuencias ineluctables conduciría al menos a cierto cuestionamiento del conformismo social, o incluso a la formación de una conciencia crítica radical. En resumidas cuentas, que no sería en vano.

Contrariamente al postulado implícito de toda la «crítica de los efectos nocivos» (no solo la de la Encyclopédie des Nuisances), según la cual el deterioro de las condiciones de vida sería un «factor de rebelión», fuerza es constatar que el conocimiento cada vez más preciso de este deterioro se integraba sin fricciones en la sumisión y pasaba a formar parte sobre todo de la *adaptación* a las nuevas formas de supervivencia *en un medio extremo*. Ciertamente que, en los países llamados «emergentes» desde el momento en que son engullidos por el desastre industrial, todavía ocurre que hay

levantamientos en masa de las comunidades campesinas para defender su modo de vida contra la brutal pauperización que les impone el desarrollo económico, pero tales sublevaciones pueden prescindir de la clase de conocimientos y de «conciencia ecológica» que aspiran a inculcarles las ONG.

Cuando finalmente la oficialización de la crisis ecológica (en especial bajo la denominación de «calentamiento global») da lugar a supuestos «debates», éstos permanecen estrictamente limitados por las representaciones y las categorías burdamente *progresistas* que los discursos catastrofistas menos insípidos dicen sin embargo querer cuestionar. A nadie se le ocurre considerar el catastrofismo por lo que verdaderamente es, en comprenderlo por lo que dice a la vez de la realidad presente, de sus antecedentes y de las realidades agravadas que desea *anticipar*.

VII

EN EL CONJUNTO DE representaciones difundidas por el catastrofismo, en la manera en que se elaboran así

como en las conclusiones que inspiran, nosotros vemos sobre todo una asombrosa acumulación de negaciones de la realidad. La más evidente es la que se refiere al desastre en curso, y ya ampliamente consumado, que queda *oculto* tras la imagen de la catástrofe hipotética, cuando no *calculada* o extrapolada. Para poder comprender en qué medida el desastre real es muy diferente de todo lo peor que puede anunciar el catastrofismo, trataremos de definirlo en pocas palabras, o al menos de especificar uno de sus principales rasgos: al acabar de arruinar todas las bases materiales, y no solamente materiales, en que se apoyaba, la sociedad industrial crea tales condiciones de inseguridad, de precariedad generalizada, que solo un aumento de la organización, es decir, del sometimiento a la máquina social, puede hacer pasar todavía este agregado de aterradoras incertidumbres por un mundo habitable. Puede entenderse así bastante bien cuál es el papel que desempeña en realidad el catastrofismo.

«Otro mundo» era, desde luego, «posible»: el nuestro, del cual haría falta preguntarse qué tiene en común, en el sentido que sea, con el mundo más o menos humanizado que le ha precedido y del cual, una vez hecha tabla rasa, se declara heredero porque vitrifica su cadáver.

VIII

PARA PONER EJEMPLOS DE lucidez precoz con respecto al proceso cuya culminación presenciemos ahora, se citan siempre los mismos autores excelsos, que por lo demás nadie lee en realidad; de otro modo no parecería tan extraordinario afirmar que el desastre está ya prácticamente consumado. Veamos un ejemplo menos conocido, que prueba en cualquier caso que definir la historia moderna como un progresivo encarcelamiento en el interior de la sociedad industrial no es una abstracción, una reconstrucción *a posteriori* o una fantasía teñida de malsano derrotismo. Relatando sus viajes por España entre 1916 y 1920, Dos Passos refiere las palabras que pronunció en un café un «sindicalista» recién fugado de la cárcel (sabido es que en la España de aquellos años un sindicalista era algo muy distinto de lo que hoy en día recibe ese nombre; y que la neutralidad durante la Primera Guerra Mundial había propiciado allí una suerte de «despegue» económico): «Nos estamos enterrando en el industrialismo como el resto de Europa. Nuestra gente, hasta nuestros mismos camaradas, va rápidamente

adquiriendo la mentalidad burguesa. Estamos en peligro de perder todo lo que hemos ganado luchando... Si hubiésemos podido apoderarnos de los medios de producción, cuando el sistema era joven y débil, lo hubiéramos desarrollado poco a poco para beneficio nuestro: hubiéramos podido hacer a la máquina esclava del hombre. Cada día que pasa se hace más difícil» (*Rocinante vuelve al camino*, 1923).

IX

EN CONEXIÓN CON SU postulado implícito según el cual el conocimiento exacto del deterioro del medio vital tenía necesariamente que ser un «factor de rebelión», la crítica de los efectos nocivos ha tendido a conceder un lugar exorbitante a la ocultación, a la mentira, al *secreto*: según un viejo esquema, si las masas supiesen, si no se les ocultase la verdad, se rebelarían. Sin embargo la historia moderna no ha sido parca en ejemplos de lo contrario, que ilustran antes bien, en las citadas masas, una determinación bastante constante de *no* rebelarse a pesar de lo que sabían e incluso —desde los campos de exterminio hasta Chernóbil—

de no saber a pesar de la evidencia; o por lo menos de comportarse a pesar de todo como si no supieran. Contra la explicación unilateral por el «secreto», ya se ha recordado que el «programa electronuclear francés» fue aprobado y llevado a cabo de manera *pública* a más no poder (al contrario que la «solución final»). ¿Alguien cree verdaderamente que la *transparencia*, si se hubiera ampliado de entrada hasta los milirem y los picocurios, hasta el cálculo de las «dosis máximas admisibles» y las discusiones sobre los efectos de las «dosis bajas» de radiación, habría impedido la adhesión universal a la energía nuclear civil, a los «átomos para la paz»? Sin ser doctor en física nuclear, cualquiera disponía de información más que suficiente para hacerse una justa idea de lo que era y de lo que implicaría el desarrollo de la industria nuclear. Y lo mismo ocurre hoy con respecto a las manipulaciones genéticas. Por otra parte, desde que se han reconocido los principales mecanismos de la «crisis ecológica», las confirmaciones se acumulan, nuevos factores agravantes salen a la luz, se definen «retroalimentaciones positivas»; y todo eso se explica y se pone al día sin ocultárselo al público, al contrario. Sin embargo la apatía ante estos «problemas» es aún más grande si cabe que hace treinta o cuarenta años. ¿Se imagina alguien una manifestación siquiera de la magnitud de la

de Malville (1977) contra el proyecto ITER, mucho más descabellado que el Superphénix? Los ciberactivistas prefieren disfrazarse de figurantes e irse a hacer de telón de fondo a las reuniones de los jefes de Estado. La explicación de esta ausencia de reacción, aun a pesar de que el viento de Chernóbil ha dejado su huella, es muy simple: en los años setenta, Francia todavía estaba influida por los efectos del 68. Hay que pensar por tanto que la rebelión, el gusto por la libertad, es un factor de conocimiento, y no al revés.

Por supuesto, la ocultación y la mentira han sido utilizadas mil veces, lo son y lo serán todavía más, por la industria y los Estados. Existen todo tipo de operaciones que han de ser conducidas con la mayor discreción y que conviene que salgan a la luz solo como hechos consumados. Pero como el principal hecho consumado es la propia existencia de la sociedad industrial, la sumisión a sus imperativos, pueden ir introduciéndose en ella sin peligro zonas cada vez más amplias de transparencia: el ciudadano perfectamente avezado a su trabajo de consumidor está ávido de informaciones para establecer por sí mismo su balance de «riesgos y beneficios», mientras que, por su parte, cada envenenador trata asimismo de exculparse difamando a la competencia. Así pues, siempre habrá materia prima para «revelaciones» y «escándalos».

los», tanto como mercaderes dispuestos a procesarla: al lado de los tratantes de venenos, los tratantes de *exclusivas* periodísticas, de indignaciones ciudadanas y de investigaciones sensacionalistas.

Así las cosas, lo esencial del curso del desastre no ha sido nunca *secreto*. Todo lo que hacía falta para comprender adónde nos llevaba el «desarrollo» estaba ahí desde hace décadas: sus magníficos resultados se expandían por doquier, a la velocidad de una marea negra o en lo que se levanta una «ciudad nueva» al borde de la autovía. El fetichismo del conocimiento cuantitativo nos ha vuelto tan necios y tan cortos que quien diga que un poco de sentido estético —si bien no el que se adquiere en las escuelas de arte— bastaba para juzgar cabalmente será considerado un diletante. En realidad, fueron principalmente artistas y escritores los primeros en declararse horrorizados por el «nuevo mundo» que estaba instaurándose. Pero antes que criticarlos a ellos y a la estrechez a veces ridícula de su punto de vista —que era precisamente lo que les permitía concentrarse en ese aspecto de las cosas— para quitárselos de encima calificándolos de «reaccionarios» (más recientemente, ciertos Jóvenes Turcos de la radicalidad posmoderna —*¡mutemos juntos en el caos y el éxtasis de la barbarie!*— han retomado en forma de parodia esta polémica, atacando a

un hipotético «hombre del Antiguo Régimen»), más justo, y más *dialéctico*, hubiese sido cargar contra los adeptos de la crítica social, medicuchos que dejaron pasar semejante síntoma, como si la fealdad de todo no fuera más que un detalle sin importancia, y solo ofendiese al esteta burgués. Pues hasta los mejores de ellos, obedeciendo a una especie de superyó progresista, han desestimado casi siempre, y durante mucho tiempo, aquello que pudiese exponerlos al reproche de ser «trasnochados». Bien mirado, la Internacional Situacionista no expulsó al neourbanista Constant por sus inmundas maquetas en plexiglás, tan apreciadas hoy día, de ciudades con edificios de titanio y nylon, azoteas-aeródromo y plazas colgantes desde las que disfrutar «de una vista espléndida sobre el tráfico de las autopistas que pasan por debajo» (*I.S.*, n.º 4, junio de 1960).

La máxima de Stendhal sigue siendo válida *a contrario*: la fealdad es una promesa de infelicidad. Y el declive de la sensibilidad estética corre parejo al de la capacidad para la felicidad. Hay que estar ya bastante endurecido en la desgracia, insensible como llega uno a estarlo bajo el embate repetido de las obligaciones, para poder, por ejemplo, contemplar sin conmocionarse, en un viejo libro heliograbado, fotografías de los paisajes de la ribera del Mediterráneo antes de

que este foco de civilización se apagase, en la época en que nadie hablaba de *medio ambiente*. (Por supuesto que la vida no era «idílica», eso se lo concedemos con mucho gusto a los imbéciles: era mejor que idílica, era una vida que vivía.) Uno empieza mortificándose para convencerse de que lo que el dinamismo de la producción impone brutalmente posee su propia belleza, que hay que aprender a apreciar (¡eso sí que es esteticismo!), y se llega rápidamente a no percibir en absoluto lo que esa brutalidad y ese alarde de poder tienen de aterrador. Pues ninguna necesidad hay de contadores Geiger o de análisis toxicológicos para saber hasta qué punto es mortífero el mundo de la mercancía: antes de padecerlo como consumidor, cada cual ha de soportarlo como trabajador. La catástrofe hipostasiada y proyectada hacia el futuro ha tenido lugar ahí, en la existencia cotidiana de todos, en la forma de «detalles que son cualquier cosa excepto detalles», como señalaba Siegfried Kracauer, quien añadía: «Hay que deshacerse de la ilusión de que, en cuanto a lo esencial, solo los grandes acontecimientos determinan a los hombres» (*Los empleados. Un aspecto de la Alemania más reciente*, 1929).

ANTE EL ESPECTÁCULO QUE ofrecen nuestros contemporáneos a veces resulta difícil no tener la sensación de que han terminado por *amar* su mundo. Obviamente no es el caso; tan solo tratan de adaptarse; se obligan a hacer un poco de *footing* y echan mano de sus recetas de ansiolíticos, mientras presienten vagamente que su cuerpo se estropea, que su espíritu se pierde, que las pasiones a las que se entregan se malogran. Sin embargo, como ya no pueden amar nada más que esta existencia parasitaria hoy establecida *sin alternativa*, se aferran a la idea de que, puesto que la sociedad que les inflige las torturas de la competencia permanente les suministra también los psicotrópicos para soportarlas y hasta para *recrearse* en ellas (conforme al modelo de los estajanovistas de la proeza arribista-hedonista que el espectáculo pone en primer plano), será capaz de perfeccionar las contrapartidas a cambio de las cuales han aceptado depender de ella en todo.

Por esa razón, bien entrenados ya en los sofismas de la resignación y en los consuelos de la impotencia, pueden permanecer impávidos ante las siniestras predicciones con las cuales les atiborran. Por lo menos

tanto como el contenido de éstas, la inmediatez aparente y significativamente obligatoria de su oficialización tendría que suscitar como mínimo inquietud hasta en el más confiado de los ciudadanos. Y esta inquietud tendría motivos de sobra para tornarse en pánico ante la incapacidad de imaginar alguna salida de emergencia practicable, de lo que da fe el incongruente batiburrillo de peticiones de principio, conminaciones morales y llamamientos a la renuncia de ciertas comodidades tecnomercantiles (a cambio de otras más sostenibles) en que consiste aproximadamente todo lo que puede oponerse explícitamente a la perspectiva de una «extinción final» o, mejor dicho, de un *fin del mundo* que esta vez se predice racionalmente. El hecho de que no sea así, de que el catastrofismo se vaya difundiendo sin hacer ruido por el cuerpo social, es denunciado precisamente como una denegación por los catastrofistas más extremistas, aquellos que a la predicción «científica» añaden la esperanza de una renovación social, o hasta de un «cambio en el modo de vida». Pero consideran que esta denegación lo es tan solo de las «amenazas» cuya lista mantienen ellos al día, cuando consiste principalmente en representarse en forma de amenazas, *como ellos mismos hacen*, lo que es de hecho una realidad presente: las prácticas y las relaciones sociales, los sistemas de gestión y de or-

ganización, los efectos nocivos, los contaminantes, los venenos, etc., que han producido y siguen produciendo de la manera más tangible efectos deletéreos sobre los seres vivos, el medio natural y la sociedad de los hombres. Se puede comprobar sin recurrir a índices estadísticos: basta con respirar el aire de las ciudades o con fijarse en un grupo de hinchas.

Habida cuenta del buen trecho de camino que, sin ninguna duda, llevamos recorrido por las avenidas del fin del mundo, se nos concederá que es imposible tomar en serio el catastrofismo y sus *amenazas*; tan imposible como juzgar el desastre de la sociedad mundial por lo que ella misma dice al respecto. La representación de la catástrofe es hija del poder presente: alabanza de sus recursos técnicos, de su *cientificidad*, del conocimiento exhaustivo del ecosistema que le permitirá ahora *regularlo* de la mejor manera posible. Pero como son precisamente los medios intelectuales y materiales que han servido para edificar este mundo amenazado de ruina, este *gigante con pies de barro*, los que sirven ahora para establecer el diagnóstico y recomendar los remedios, no parece demasiado aventurado pensar que tanto éstos como aquéllos son bastante dudosos, y que están condenados, a su vez, al fracaso.

CUALQUIER REFLEXIÓN SOBRE EL estado del mundo y sobre las posibilidades de intervenir en él, si empieza reconociendo que su punto de partida es, *hic et nunc*, un desastre ya ampliamente consumado, tropieza con la necesidad, y la dificultad, de sondear la profundidad de ese desastre allí donde ha producido sus principales estragos: en el espíritu de los hombres. Ahí no hay instrumento de medida que valga, ni fichas dosimétricas, ni estadísticas o índices a los que referirse. Probablemente por eso son tan pocos los que se adentran por ese terreno. Se habla mucho aquí y allá de una catástrofe «antropológica», que no se sabe bien si habría que situar en la agonía de las últimas sociedades «tradicionales» o en la suerte que se les augura a los jóvenes pobres modernos, tal vez porque se mantiene la esperanza de preservar a las unas y de integrar a los otros. Sin embargo, se cree que ya está todo dicho cuando se ha denunciado como un producto de la perversidad «neoliberal», recientemente inventado al parecer por la famosa «globalización económica»: se evita así reconocer, después de tantos años y eslóganes

«antiimperialistas», que ese aspecto del desastre algo tiene que ver con una lógica de universalización que está en marcha desde hace mucho tiempo y que implica mucho más que una simple «occidentalización del mundo».² Los innumerables *sincretismos* —a medio camino entre los idiotismos locales y la universalidad del mercado— que contribuyen a acelerar tan poderosamente esta mecánica de la uniformación (los *despegues* indio, chino, etc., que sacan partido de particularidades regionales, es decir, del material humano que las formas anteriores de opresión les han preparado eficazmente) demuestran que no hay servidumbre, antigua o moderna, que no pueda mezclarse armoniosamente —en ese sentido especial de armonía del que la Rusia posburocrática proporciona un magnífico ejemplo— con el sometimiento a la sociedad total; por no hablar de las monstruosidades absolutamente inéditas que se producen apenas chocan esta modernidad y las

2 «Posiblemente hay que ser marxista del Collège de France para ignorar que la mercancía es por esencia, en su calidad de relación social, aniquilación de toda particularidad cualitativa y de toda singularidad local en beneficio de la universalidad abstracta del mercado. Si se acepta la mercancía, ha de aceptarse su devenir-mundo, del cual cada mercancía particular es un agente, antes incluso de ser fabricada en Taiwán» (Encyclopédie des Nuisances, *Comentarios sobre la parálisis de diciembre de 1995*, marzo de 1996).

regiones del mundo a cuyo *despegue* no se renuncia: piénsese en la propagación del sida o en los niños-soldado de África. Sin embargo, por lo general nadie se atreve a lanzar una mirada furtiva sobre lo que sucede allí con las posibilidades y los deseos de los hombres reales. Dicho toscamente, si bien en los términos consagrados: tanto en el «Norte» como en el «Sur», la clase media, los «marginados» y los «excluidos» piensan y quieren lo mismo que sus «élites» y que aquellos a quienes tienen por «los amos del mundo».

Un cliché manido, que pretende resumir de manera impactante los «callejones sin salida del desarrollo» y llamar al arrepentimiento, afirma que para garantizar el modo de vida de un americano medio al conjunto de la población mundial, tendríamos que disponer de seis o siete planetas como el nuestro. Obviamente el desastre es, antes bien, que este «modo de vida» —en realidad una vida parasitaria, vergonzosa y degradante cuyos estigmas, bien visibles en quienes la llevan, se completan con los retoques de la cirugía estética— parezca deseable y sea efectivamente deseada por la inmensa mayoría de la población mundial. (Por eso la vulgaridad de los nuevos ricos puede exhibirse con semejante complacencia, sin conservar nada de la compostura y la discreción burguesas: suscitan la envidia —a pesar de todo siguen necesitando

guardaespaldas— pero no el odio ni el desprecio que eran el preludio de las revoluciones.)

Por lo demás, ciertos adeptos del «decrecimiento», probablemente no del todo convencidos de la *factibilidad* de sus recomendaciones, aluden a veces a la necesidad de una «revolución cultural» y al final remiten nada menos que a una ¡«descolonización del imaginario»! El carácter vago y lenitivo de semejantes deseos piadosos, de los que no se dice cómo podrían cumplirse, aparte del reclutamiento estatal y *neoestatal* reforzado que seguramente es consustancial a las proclamas decrecentistas, parece estar destinado antes que nada a reprimir la intuición del agudo conflicto que de manera inevitable significaría intentar, o solo concebir en serio, la destrucción de la sociedad total, es decir, del *macrosistema técnico* al que ha terminado por quedar exactamente reducida la sociedad humana.

Desde que la medicina científica ha puesto a punto la maquinaria que asegura una especie de *servicio de mantenimiento* de semicadáveres, y prolonga así indefinidamente su *fin de vida*, suele decirse, a propósito de la decisión con respecto a estos muertos vivientes, decisión —que guste o no hay que tomar un día, sea por motivos de coste o tal vez de ética— de interrumpir esa apariencia de supervivencia; se dice, pues, con gran elocuencia que habrá que *desconectarlos*. La transposi-

ción a la sociedad total, donde la humanidad entera se encuentra bajo conexiones y perfusiones de todo tipo, se impone por sí sola. Pero indica al mismo tiempo que una interrupción de la maquinaria de la vida artificial es poco menos que imposible de imaginar para los habitantes de este mundo cerrado: si algunos de ellos, entre los más superequipados, disfrutaban si se terciaba, como *experiencia*, la indigencia material, es en forma de escapada en un *trekking* organizado, con su teléfono móvil y la seguridad de volver a casa en avión. Y puede uno en verdad preguntarse, y con razón, en qué ruinoso estado quedaría esta especie de humanidad si se viese definitivamente privada de los impulsos que le transmite su maquinaria. De modo que el perfeccionamiento de su cableado resulta para muchos la salida más *realista*: «La única escapatoria para nuestros hijos: calzarse un traje provisto con todos los biosensores que la ley de Moore haya podido proporcionarles para sentir, ver y tocar virtualmente, tragarse una buena dosis de euforizantes y salir cada fin de semana hacia el país de los sueños con la estrella favorita, a una playa de las de antes de la sexta extinción, con los ojos clavados en las pantallas del casco, sin pasado y sin porvenir». Esto no es un extracto de algún homenaje al genio visionario del Philip K. Dick de *Los días de Perky Pat*; es la conclusión de una obra muy documentada (Jacques

Blamont, *Introduction au siècle des menaces*, 2004) de uno de esos miembros del *establishment* científico que, una vez concluida su carrera profesional y llegada la jubilación, *cantan de plano*.

XII

LA CREENCIA EN LA racionalidad tecnomercantil y en sus beneficios no se ha hundido bajo los golpes de la crítica revolucionaria; tan solo se ha visto obligada a moderar sus pretensiones ante las pocas realidades «ecológicas» que no ha tenido más remedio que admitir. Lo que quiere decir que la mayoría de la gente sigue adhiriéndose a ella, así como al tipo de felicidad que promete; y que solamente acepta, de grado o a la fuerza, disciplinarse, restringirse un poco, etc., para *conservar* esta supervivencia de la cual sabe ahora que no podrá aumentar indefinidamente; que, antes bien, será racionada. Las representaciones catastrofistas que se difunden de forma masiva no están concebidas, por cierto, para hacer que se renuncie a este modo de vida tan envidiable, sino para hacer que se

acepten las restricciones y las disposiciones que permitirán, así se espera, perpetuarlo.

¿Cómo creer si no en algo así como un «agotamiento del petróleo»? Cuando lo que salta a la vista es, principalmente, la espantosa plétora de motores, máquinas y vehículos de todo tipo que hay, hablar en términos de racionamiento necesario, coches limpios, energía renovable gracias a la industria eólica, etc., es, como poco, desertar del bando de la verdad.

El fondo común a todas estas representaciones catastrofistas es el ideal permanente de la racionalidad técnica, el modelo determinista del conocimiento objetivo; es, por lo tanto, conceder más realidad a la representación que los instrumentos de medición permiten construir que a la realidad misma (a lo que es «directamente vivido»); es no dar de hecho estatuto de conocimiento más que a aquello que ha pasado por el filtro de la cuantificación; es creer ahora y siempre, a despecho de tantos desmentidos, en la eficacia que semejante conocimiento promete. El postulado determinista de un futuro calculable por extrapolación es en su versión de *futurología negra* tan ilusorio como lo era en su versión rosa, eufórica, de los años cincuenta (versión que hace reír hoy día cuando se la compara con lo que ha ocurrido realmente). En los escenarios y los modelos de la catástrofe, se privilegiarán los *pará-*

metros cuya evolución y cuyos efectos parezcan mensurables, para salvar al menos la idea de una acción o de una adaptación posible. Pero en realidad los científicos no saben nada, o al menos nada con certeza, de los procesos que se empeñan en modelizar; ni del agotamiento de las reservas de petróleo, ni de la evolución de la demografía, ni siquiera de la velocidad y de los efectos exactos de un cambio climático que está no obstante muy avanzado. (Lo que sí pueden en última instancia, y ya ha habido quien lo ha hecho, es cuantificar —en miles de millones de dólares— la contribución de la biodiversidad a la economía mundial.) Lo mismo ocurre en lo que respecta a poluciones y contaminaciones de todo tipo: el inventario de sus efectos combinados y acumulados refleja con mucho retraso, y muy burdamente, la realidad compleja y terrible del envenenamiento generalizado, que es en verdad imposible de aprehender con los medios tecnocientíficos.³

3 «La primera y la más importante de esas condiciones necesarias para el conocimiento científico era una separación estanca entre el medio artificial de la observación y la experimentación por una parte, y la confusión del mundo por la otra. [...] Los procedimientos y las técnicas que se han puesto a punto en el medio artificial de la experimentación han penetrado tan profundamente en el mundo, están mezclados con él en tal medida, que se ha vuelto imposible desenredar siquiera las causas de los efectos y no queda nada que se pue-

Si decimos que la realidad del desastre resulta incomprensible con los medios que han servido para producirla, con ello no queremos decir, como se comprenderá, que dicha realidad sea sin embargo menos abrumadora de como nos la describen.

XIII

LOS DOS RASGOS PRINCIPALES de la mentalidad progresista, en su época triunfal, fueron la fe en la capacidad de la ciencia y la tecnología para dominar racionalmente la totalidad de las condiciones de vida (naturales y sociales) y la convicción de que para hacerlo

da conocer mediante la observación; ni el funcionamiento de un sistema mecánico cerrado sobre sí mismo, ni una naturaleza que no esté alterada por la artificialización. Así pues, podemos decir que la ciencia, que para construirse tuvo que «sacrificar» el mundo en la teoría, ha terminado por sacrificarlo en la práctica, y se ha destruido de paso a sí misma, puesto que la posición de observador puro que era la del científico se ha vuelto a todas luces insostenible» (*Encyclopédie des Nuisances, Comentarios sobre la agricultura genéticamente modificada y la degradación de las especies*, febrero de 1999).

los individuos tenían que plegarse a una disciplina colectiva capaz de asegurar el buen funcionamiento de la máquina social, a fin de que la seguridad estuviese garantizada para todos. Vemos que esos rasgos, lejos de haberse borrado o difuminado, están todavía más marcados en ese *progresismo vergonzante* que es el catastrofismo. Por una parte, se cree firmemente en la posibilidad de conocer con exactitud todos los «parámetros» de los «problemas medioambientales», y, por ende, en la posibilidad de controlarlos y «solucionarlos»; por otra, se acepta como una obviedad que ello pasa por reforzar las coerciones que se imponen a los individuos.

Nadie, sin embargo, puede ignorar que, a imagen y semejanza de la guerra siempre perdida que la locura higienista libra contra los microbios, cada progreso en la *securización* ha conllevado la aparición de nuevos peligros, riesgos inéditos y plagas hasta ese momento insospechadas; ya sea en el urbanismo, donde los espacios «criminógenos» se extienden con el control, la segregación y la vigilancia; o en la ganadería industrial, el medio esterilizado de los hospitales y los laboratorios de *catering*, donde, desde la legionella hasta el SRAS, prosperan las nuevas enfermedades epidémicas. La lista sería demasiado larga para recogerla aquí. Pero nada de esto desanima al progresista.

Parece, por el contrario, que cada nuevo fracaso de la *securización* le reafirma en su creencia en una tendencia general «a mejor». Por ello resulta completamente inútil pretender razonar con él, como hacen las almas cándidas que le detallan los «estragos del progreso».

Ha podido a veces parecer abusiva la manera en que ciertos textos de inspiración crítica calificaban la tecnología moderna de «totalitaria». Podía serlo, en efecto, en la medida en que suponía tomar al pie de la letra las profecías de la propaganda, que anunciaban un control perfecto, un mundo definitivamente *securizado*; en una palabra, la utopía policial realizada. (En este sentido, por ejemplo, se ha esgrimido en contra del control biométrico que con su desarrollo «toda crítica y toda disensión» llegarían a ser «imposibles»; sin embargo es más bien al revés: la dimisión de todo pensamiento es lo que permite y exige la instalación de este control y de todos los demás.) En realidad el totalitarismo (en un sentido histórico preciso) jamás ha alcanzado en sí mismo la perfección policial a la que aspiraba y que su propaganda presentaba siempre como a punto de realizarse, después de una última hornada de ejecuciones (allí donde más se ha acercado, la China maoísta, fue al precio del caos que todos conocemos). Justamente ahí, empero, residía un rasgo esencial del totalitarismo como *movimiento perpe-*

tu; el de fijarse un objetivo perfectamente quimérico: esta manera de sustraer sus afirmaciones delirantes al control del presente, pretendiendo que solo el futuro revelaría sus méritos, le garantizaba que mientras se mantuviera en pie su aparato mejor organizado, el Partido, sus miembros no podrían verse afectados ni por la experiencia ni por la argumentación. El militante que ha aceptado este primer atentado contra el sentido común lo aceptará todo: ningún fracaso, ningún desmentido de la ideología por la realidad le perturbará ya. La identificación con el movimiento y el conformismo absoluto parecen haber destruido en él hasta la facultad de ser afectado por su experiencia más directa. En este sentido, en todo caso, puede decirse que la ciencia y la tecnología modernas se parecen, en cuanto organizaciones, a un movimiento de masas totalitario; y no solo (como señaló Theodore Kaczynski) porque los individuos que participan o se identifican con ellas obtienen un sentimiento de poder, sino también porque una vez que se ha admitido ese objetivo profundamente delirante que es el control total de las condiciones de vida, una vez se ha abdicado así de todo sentido común, ningún desastre bastará jamás para hacer entrar en razón al progresista fanatizado. Por el contrario, verá en ello un motivo suplementario para reforzar el sistema tecnológico, mejorar la se-

curización, la trazabilidad, etc. Así es como se vuelve catastrofista sin dejar de ser progresista.

XIV

EN TANTO QUE FALSA conciencia nacida espontáneamente del suelo de la sociedad de masas —es decir, del «medio ansiógeno» que ha creado por todas partes—, desde luego el catastrofismo expresa en primer lugar los miedos y las tristes esperanzas de todos los que esperan su salvación de una *securización* basada en el fortalecimiento de las coerciones. Sin embargo también se percibe en él, a veces con bastante claridad, una expectativa de naturaleza completamente distinta: la aspiración a una ruptura de la rutina, a una catástrofe que sea realmente un *desenlace* que despeje el horizonte, derribando, como por arte de magia, los muros de la prisión social. Esta catastrofía latente puede llegar a saciarse con el consumo de los numerosos productos de la industria del entretenimiento elaborados a tal fin; para el grueso de los espectadores, esta descarga de placer-angustia será suficiente.

No obstante, aparte del mercado, algunos proponen otras ficciones, más teóricas o políticas, que «hagan soñar» con el derrumbamiento de un mundo. Estas especulaciones en torno a la catástrofe redentora tienen su versión suave en los ideólogos del «decrecimiento», que hablan de una «pedagogía de las catástrofes». Pero los marxistas más valerosos también quieren creer que la «autodestrucción del capitalismo» dejará un «vacío» y hará la tabla rasa sobre la que podrá servirse finalmente el banquete de la vida. Siguen en la órbita de la denegación, pues no reconocen la ruina unificada del mundo y de sus habitantes más que para desembarazarse inmediatamente de ella por obra y gracia de la «autodestrucción» y para engañarse con este cuento fantástico: una humanidad que sale intacta de su hundimiento en la modernidad industrial, más dispuesta que nunca a reavivar su amor innato a la libertad, sin enredarse siquiera —¿*Wi-fi* mediante?— en los cables de su *conéctica*.

Existen sin embargo teorías más *hard*, verdaderamente extremistas en su concepción de la salvación por la catástrofe, donde ésta no es vista solo como la encargada de producir las «condiciones objetivas» de la emancipación, sino también sus «condiciones subjetivas»: el tipo de *material humano* que se requiere en tales escenarios para que se personifique un su-

jeto revolucionario. La sinopsis de las ficciones en cuestión puede encontrarse en el Vaneigem de 1967: «Cuando una cañería reventó en el laboratorio de Paulov, ninguno de los perros que sobrevivieron a la inundación conservó el menor rastro de su largo condicionamiento. ¿Tendrá el maremoto de los grandes trastornos sociales menos efecto sobre los hombres que una inundación sobre los perros?». La única diferencia, ciertamente notable, es que los «milagros» que entonces se atribuían al «choque de la libertad» se esperan ahora de un hundimiento catastrófico, es decir, más bien de la dura necesidad. El uno espera así que condiciones de supervivencia material aún más deterioradas lleven, en las zonas más devastadas, arrasadas y envenenadas, a una indignancia tan absoluta y a tales desgracias que entonces tenga lugar, de manera universal, de manera caótica y episódica al principio, y luego, con la multiplicación de esos enclaves donde la insurrección llegue a ser una necesidad vital, una «auténtica catarsis», gracias a la cual la humanidad se regenerará y accederá a una nueva conciencia, que será al mismo tiempo social, ecológica, viviente y unitaria. (Esto no es una caricatura, sino un fiel resumen del capítulo final del último libro de Michel Bounan, *La loca historia del mundo*, 2006.) Otros, que se declaran más interesados en la organización y en la «experi-

mentación de masas», ven ya en la descomposición de todas las formas sociales una «oportunidad»: igual que para Lenin la fábrica *formaba* el ejército de los proletarios, para estos estrategas que apuestan por la reconstitución de solidaridades incondicionales de tipo clánico, el caos «imperial» moderno forma las *bandas*, células de base de su partido imaginario, que se agregarán en «comunidades» para marchar a la insurrección (*La insurrección que viene*, 2007). Estas ensoñaciones catastróficas están de acuerdo en declararse encantadas con la desaparición de todas las formas de discusión y decisión colectivas mediante las cuales el viejo movimiento revolucionario había intentado autoorganizarse: el uno se burla de los consejos obreros, los otros de las asambleas generales.

Para hacerse una idea más exacta de lo que puede esperarse de un hundimiento de las condiciones materiales de supervivencia, así como de un retorno a formas de solidaridad de clan, parece preferible mirar hacia el campo de pruebas de Oriente Medio, esa suerte de incubadora infernal donde cada agente deposita por turnos sus embriones monstruosos sobre un fondo de desastre ecológico y humano desbocado.

FÁCILMENTE PODRÍAMOS, A LA MANERA DE CIERTA SOCIOLOGÍA SEMICRÍTICA, relacionar las diversas modalidades del catastrofismo con entornos sociales jerárquicamente distintos, y señalar cómo cada uno de ellos desarrolla la falsa conciencia que le corresponde, idealizando a modo de «solución» la actividad de gestión, profesional o voluntaria, que es ya la suya en la administración del desastre. Semejante perspicacia de corto alcance, empero, deja de lado lo más llamativo: el hecho de que no hay casi nadie que se niegue a suscribir la auténtica *proscripción de la libertad* que declaran unánimemente los diversos escenarios catastrofistas, sean cuales sean por lo demás sus variantes o contradicciones. Pues incluso allí donde no se está directamente interesado en la promoción del encuadramiento y se habla de emancipación, es para postular que esta emancipación se impondrá como una necesidad, no como algo querido por sí mismo y buscado de manera consciente.

En efecto, es tal el rigor del encierro industrial, la amplitud del deterioro unificado de las mentalidades que ha conseguido, que quienes aún tienen el coraje de no querer verse completamente arrastrados por la

corriente y dicen estar dispuestos a resistir, rara vez escapan, sea cual sea la condena que hagan del progreso o la tecnociencia, de la necesidad de justificar sus denuncias —o incluso su esperanza en una catástrofe salvadora— con los datos que suministra la burocracia de los expertos y con las representaciones deterministas que éstos permiten sostener. Todo ello para disfrazar las leyes de la Historia —las mismas que nos iban a llevar ineluctablemente del reino de la necesidad al de la libertad— de demostración científica; según la cual, por ejemplo, la ley de Carnot acabará con la sociedad industrial, ya que el agotamiento de las reservas de combustibles fósiles la obligará —o al menos a sus *gestores*— al decrecimiento convivial y a la alegría de vivir.

Nuestra época, por otra parte tan pendiente de los recursos que conoce, y de la hipótesis de su agotamiento, jamás ha previsto recurrir a aquellos, propiamente inagotables, a los que la libertad podría dar acceso: empezando por la libertad de pensar *contra* las representaciones dominantes. Se nos objetará la vulgaridad de que nadie escapa a las condiciones presentes, que nosotros no somos diferentes, etc. Y, desde luego, ¿quién podría jactarse de estar haciendo otra cosa que adaptarse a las nuevas condiciones, «apañándose» ante realidades materiales tan aplastantes, aun cuando

no lleve la inconsciencia hasta el extremo de sentirse satisfecho excepto en algún que otro detalle? En cambio, nadie está obligado a adaptarse *intelectualmente*, es decir, a aceptar que ha de «pensar» con las categorías y en los términos que impone la vida administrada.

XVI

AL INICIO DE SUS *Reflexiones sobre la historia universal*, señalaba Burckhardt que el conocimiento del futuro, si fuese posible (lo cual, en su opinión, no era), implicaría «un caos de todas las voluntades y aspiraciones, pues éstas solo pueden desarrollarse plenamente cuando actúan “ciegas”, es decir, en gracia a sí mismas y las propias fuerzas internas». Nuestra época, en lo que a sí misma se refiere, cree que puede leer el futuro en las modelizaciones de sus ordenadores, en cuyas pantallas el cálculo de probabilidades, cuando no las leyes de la termodinámica, traza su *Mané, Tequel, Ufarsin*. Pero probablemente hay que ver en ello, dándole la vuelta a la intuición de Burckhardt, el efecto antes que la causa del embotamiento de la energía histórica, de la pérdida del gusto por la libertad y por

la intervención autónoma; o por lo menos hay que considerar que allí donde la humanidad ha perdido cierto coraje vital, allí donde ha perdido el impulso de actuar directamente sobre su suerte sin certidumbres ni garantías, se deja fascinar y abrumar por las *proyecciones* del catastrofismo oficial.

XVII

PARODIANDO UNA VEZ MÁS un célebre *incipit*, podríamos decir que toda la vida de la sociedad industrial mundial se presenta ahora como una inmensa acumulación de catástrofes. El éxito de la propaganda a favor de las medidas autoritarias («Mañana será demasiado tarde», etc.) se basa en el hecho de que los expertos catastrofistas se presentan como simples intérpretes de fuerzas que es posible predecir. Pero la técnica de la predicción infalible no es lo único que se recupera del antiguo profetismo revolucionario. Este conocimiento científico del futuro sirve en efecto para introducir la vieja figura retórica de la encrucijada, según la cual la «humanidad» se encuentra frente a una alternativa planteada así siguiendo el modelo

«socialismo o barbarie»: salvación de la civilización industrial o hundimiento en un caos bárbaro.⁴

El ardid de la propaganda consiste en afirmar al mismo tiempo que el futuro es objeto de una elección consciente, que la humanidad supuestamente puede hacer de forma colectiva, *como un solo hombre*, con pleno conocimiento de causa una vez instruida por los expertos, y que ese futuro está regido por un implacable determinismo que reduce esta elección a la de vivir o perecer; es decir, vivir según las directrices de los organizadores de la salvación del planeta o perecer porque se ha hecho caso omiso de sus advertencias. Una elección como esa se limita por lo tanto a una imposición, que resuelve el viejo problema de saber si los hombres aman la servidumbre, dado que de aquí en adelante estarán obligados a quererla. Como constata el conmovedor Latouche, con una *simplicidad* que quizá no sea voluntaria: «En el fondo, ¿quién se alza

4 «El ecologismo recupera todo eso y añade su ambición tecnoburocrática de proporcionar la medida de todas las cosas, de *restablecer el orden* a su manera, transformándose, en cuanto ciencia de la economía generalizada, en un nuevo pensamiento de la dominación. "Nosotros o el caos", dicen los ecolócratas y los expertos reciclados, promotores de un control totalitario ejercido por ellos, para adelantarse a la catástrofe en marcha. Será por lo tanto ellos y el caos» (*Encyclopédie des Nuisances*, n.º 15, abril de 1992).

contra la protección del planeta, la preservación del medio ambiente, la conservación de la fauna y de la flora? ¿Quién es partidario del cambio climático o de la destrucción de la capa de ozono?» (*La apuesta por el decrecimiento*, 2006). Según Arendt, el problema de la dominación total era «fabricar algo que no existe, es decir, un tipo de especie humana que se parezca a otras especies animales, cuya única “libertad” consistiría en “preservar la especie”» (*Los orígenes del totalitarismo*). Sobre la tierra arrasada, que efectivamente se convertirá, por la artificialidad técnica de la supervivencia que siga siendo posible, en algo parecido a una «nave espacial», este programa dejará de ser una quimera de la dominación para llegar a ser una reivindicación de los dominados.

La «falsa conciencia ilustrada», como la llamó cierto autor que ha acabado tan mal que no quedan ganas de mencionar su nombre, se ha visto obligada a registrar cotidianamente tal cantidad de informaciones abrumadoras, referidas a los peligros que amenazan a la sociedad industrial y a la vida de quienes están encerrados en ella —todos nosotros—, que acoge con un evidente alivio los escenarios prospectivos que suministran los expertos y difunden los medios. En efecto, por muy sombríos que sean, permiten al menos organizar conforme a un esquema coherente la confu-

sión de un desastre que de otro modo se renunciaría a comprender. Sabemos desde hace mucho que, en los países llamados democráticos por defecto, puesto que no son totalitarios, la información abundante en exceso, y ahora la «sociedad del conocimiento» de internet, por la necesidad que crea de una explicación, es un momento esencial de la propaganda. Así pues, en la actual movilización para «salvar el planeta», las representaciones catastrofistas transmiten, junto con sus esquemas explicativos, consignas positivas: dictan las nuevas reglas de comportamiento y difunden el *pensamiento correcto*. Pues los temores que pregonan los expertos («Si no cambiamos radicalmente nuestro modo de vida», etc.) no son en realidad sino *órdenes*.

De este modo, la fábrica del consenso concede el título de «toma de conciencia ecológica» al resultado de sus propias operaciones, a la docilidad para repetir sus eslóganes y someterse a sus requerimientos y prescripciones. Celebra el nacimiento del consumidor reeducado, del ecociudadano, etc. E igual que en la época en que había que inculcar las normas de comportamiento exigidas por el consumo abundante, cuando hay que conseguir que se adopten las normas de la supervivencia racionada, *razonada*, los niños son los primeros objetivos de la propaganda, los que tendrán que *leerle la cartilla* a sus padres tal y como

les han amaestrado los anuncios televisivos («Sin tu ayuda, los antibióticos pueden dejar de curar»). Uno duda, por cierto, de seguir hablando de niños a propósito de estos seres tan precozmente duchos en todas las disciplinas y operaciones tecnológicas, y ahora tan uniformemente informados de la biodiversidad y de su degradación, de la tasa de CO_2 en la atmósfera, etc. Recogen con celo el testigo de las campañas de responsabilización («El total es lo que cuenta») y vigilan la corrección ecológica de sus progenitores. Sabedores de que éstos, los adultos en general, habrán de rendirles cuentas de lo que hayan hecho para «preservar el planeta que ellos recibirán en herencia», no se privan de exigir desde ahora mismo que se respeten las consignas. Formados así en la ciudadanía militante, denunciarán ante la policía verde los incumplimientos que detecten entre sus allegados. Y esto apenas si es una extrapolación a la vista de un folleto muy oficial que, hace algunos años, incluía para ellos recomendaciones como estas: «Separo mis basuras, informo de cualquier fuga de agua... Me informo en el ayuntamiento de las restricciones en caso de sequía y las transmito a mis padres... No dejo que mis padres fumen en el monte...»

XVIII

POR MUY FRECUENTEMENTE IMBRICADAS que estén, distingamos, para caracterizarlas de forma somera, las principales representaciones catastrofistas del futuro que difunde la propaganda y veamos cómo nos llevan no solamente «a tragar y no encontrar amargo el veneno de la servidumbre», sino a encontrarlo sabroso y redentor.

Pasemos rápidamente por la escuela apocalíptica, que especula con una posible aniquilación de la especie humana cuyo modelo sigue siendo la conflagración nuclear. Un *filósofo a sueldo* puede desde luego tener interés en seguir glosando tediosamente —penoso *remake* del Anders más caduco— la necesidad de «pensar a la sombra de la catástrofe futura» (Jean-Pierre Dupuy), pero es principalmente en su calidad de representación difusa de un final espantoso, alimentada por diversas ficciones producidas por la industria cultural, como este *apocalipticismo* colorea la resignación más común con el *carpe diem* de un aplazamiento de condena, reforzando así la aceptación con la sensación de una prórroga inesperada.

La escuela del calentamiento es obviamente la que cuenta con mayor número de partidarios, pues es la que se beneficia del apoyo mediático más constante. Lo que esta «verdad incómoda» tiene efectivamente de tranquilizador es que remite múltiples peligros y estragos que ya son reales a un factor único (la emisión de dióxido de carbono y otros gases de efecto invernadero). Si bien el curso exacto del calentamiento sigue siendo muy incierto tanto en su velocidad como en sus efectos —aunque sin embargo estamos todos lo bastante cultivados como para que nos hablen de permafrost, de albedo y hasta de clatratos y de la «cinta transportadora oceánica»—, el escenario del cambio climático permite promover todo un abanico de «soluciones» que apelan a la vez al Estado, a la industria y a la disciplina individual del consumidor consciente y responsabilizado: medidas fiscales, ecología industrial (nuclear incluida), geoingeniería planetaria, racionamiento impuesto pero también voluntario y hasta esas modernas *indulgencias* que se ganan los que viajan en avión pagando una «compensación por emisiones».

La escuela del agotamiento, que se asocia muy a menudo con la precedente por apelar al racionamiento y a la implantación de energías alternativas, especula sobre todo con el final de las reservas de combustibles fósiles, pero también con el agotamiento de las

reservas de agua, de tierras cultivables, de biodiversidad, etc. Esta catástrofe *múltiple* se discute y se mide cada día con más precisión ya que los conocimientos se acumulan a la misma velocidad a la que desaparece su objeto. También aquí, para imponer «un cambio de rumbo», una «sociedad más austera», etc., se recurre al Estado, a la industria, al civismo.

La escuela del envenenamiento está representada por una amplia gama de expertos y de contraexpertos que forman el gran batallón de los «lanzadores de alertas». Rigurosamente especializados por obligación, censan con detalle los efectos ya observables o previsibles según criterios científicos de las innumerables formas de contaminación (*procesos* agroindustriales, disruptores hormonales, contaminación genética, nanotecnologías, ondas electromagnéticas), sin olvidar las «clásicas» (química y nuclear), y suelen cuidarse de no traspasar los límites de su especialidad, salvo para denunciar un «problema de salud pública». Tal precaución en la crítica no basta sin embargo para impedir la generalización de un sentimiento, empírico pero más que *documentado* gracias a ellos, del envenenamiento prácticamente definitivo del medio vital. Y si bien la realidad proteiforme de un entorno patógeno se compadece mal con las esperanzas de salvación por la tecnología y con los fervorosos llamamien-

tos ciudadanos a la vigilancia de la administración, es en cambio muy propicia para la multiplicación de obsesiones higienistas y sanitarias, para que cada cual tenga que bregar constantemente para preservar una salud que queda casi del todo fuera de nuestro alcance. Esta falsa conciencia «narcisista», privatizada, de peligros muy reales, mueve ya un vasto sector de la producción mercantil (desde los alimentos «ecológicos» a la parafarmacia). Solo si se comprende cómo esta forma de responsabilización obsesiva permite permanecer ciego ante el desastre puede explicarse, por ejemplo, que el ayuntamiento de Nápoles, capital de una región mundialmente conocida por sus variados vertederos de productos tóxicos gestionados por la Camorra, pudiera decretar en noviembre de 2007 la prohibición de fumar en sus parques públicos sin provocar una carcajada universal (esta medida, antes al contrario, pareció tan acertada que el municipio de Verona adoptó a su vez una similar al día siguiente).

La escuela del caos, por último, pone el acento en la dislocación social y «geopolítica». A diferencia de las representaciones catastrofistas más habituales, ésta no se oculta que las «grandes crisis ecológicas» no tendrán lugar en un clima de paz universal y de apaciguamiento de las tensiones internacionales. No conforme,

a diferencia de las reflexiones «geoestratégicas» de ciertos periodistas y *analistas* radiotelevisivos, con hacer el inventario de las zonas de fractura del «nuevo orden mundial» nacido muerto, alerta simultáneamente de la diseminación de los medios de destrucción, el fin del monopolio estatal de la violencia y las diversas formas de «brutalización» emergentes. Ha llegado incluso a dejar constancia de una deshumanización que no deja de tener su relación con la extensión universal del nuevo medio técnico. Completamente incapaz de proponer nada que tenga siquiera el aspecto de una solución, como no sea desear una «correcta gobernanza» mundial, es obvio que no tiene mucho eco.

XIX

QUIZÁS PAREZCA EXCESIVO, CUANDO NO ABSURDO, ASIMILAR las representaciones catastrofistas dominantes a una propaganda. Considérese sin embargo con qué discreción la industria nuclear y su notable contribución a la calidad de nuestro medio ambiente se van difuminando —en épocas preindustriales habríamos

dicho «esfumando»⁵ del catálogo de amenazas que elaboran los expertos catastrofistas. La industria nuclear denominada civil, de la cual sabemos cuán fácilmente puede dejar de serlo para volver a su vocación militar original, es mencionada a veces por parte de los heraldos de la escuela del caos por los riesgos de «diseminación» y de «proliferación» que provoca en materia de armamentos; más rara vez, aparece en boca de otros observadores a causa de contaminaciones constatadas tras diversos «incidentes». Lo más frecuente, por el contrario, es que figure mucho más honorablemente en el arsenal de las *remediaciones* tecnológicas, gracias a las cuales se supone que vamos a superar las dificultades que se avecinan para alcanzar la Tierra Prometida de una economía sostenible. Algunos se entusiasman con la fusión, verdadera panacea que nos hará entrar en esa «economía del hidrógeno» en la que los iluminados de la revolución a través del progreso industrial han llegado a ver incluso el único requisito que faltaba para la realización del comunismo. Otros, con más prudencia, señalan que hará falta al menos un siglo, en el mejor de los ca-

5 Juego de palabras intraducible entre *estomper* («difuminar, esfumar») y el doble significado del verbo *gazer* («velar, disimular, cubrir con una gasa», pero también «intoxicar con un gas, gasear»). (N. del t.)

sos, para dominar esta maravillosa fuente de energía; y que, entretanto, la única solución para reducir las emisiones de gases de efecto invernadero es iniciar inmediatamente la construcción de nuevas centrales, con los llamados «reactores de tercera generación», tal vez un poco menos seguros que los siguientes, de «cuarta generación», pero que ya están disponibles. Estos propagandistas de la energía nuclear realmente existente como *energía limpia*, o casi limpia, se cuentan entre los defensores más activos del escenario de crisis climática. Y para ello no tienen necesidad de estar de manera oficial en la nómina del Comisariado de la Energía Atómica o discretamente a sueldo de la industria nuclear: les basta con considerar de modo realista el período de «transición energética» por el que va a tener que pasar la sociedad industrial. Además del ecologista-cibernetista Lovelock, son muchos los expertos catastrofistas que subrayan lo particularmente irresponsable que es andar discutiendo todavía las virtudes e inconvenientes de la energía nuclear, cuando en China se inaugura una central térmica de carbón a la semana y se aprestan a poner en circulación varias decenas de millones de vehículos cada año. Otros expertos, más numerosos aún, se conforman con no tener que abordar este penoso asunto del indispensable recurso a la energía nuclear, que de algún

modo podría estropearles el panorama de una futura sociedad sostenible. Por lo demás, ni unos ni otros se molestan tampoco en señalar la parte irrisoria de la nuclear en el suministro energético total, ya sea a día de hoy —Francia incluida— o en un eventual relanzamiento intensivo de la nuclearización. La misma clase de mutismo se aplica a la cuestión de la disponibilidad durante siglo y medio largo de reservas de carbón y a las condiciones en que podrían obviarse las objeciones (coste, «captura» de CO₂) que se oponen a la utilización de técnicas llamadas *coal to liquid* y que permiten obtener carburante mediante la licuefacción del carbón.

XX

DESPUÉS DE ATREVERSE A señalar que «los diagnósticos certeros de Lester Brown, Nicolas Hulot, Jean-Marie Pelt, Hubert Reeves y otros muchos, que terminan indefectiblemente con un llamamiento a la “humanidad”, no son más que sopicaldos sentimentales», el periodista Hervé Kempf invitaba recientemente a «comprender que crisis ecológica y crisis social no son sino

las dos caras de un mismo desastre» (*Cómo los ricos destruyen el planeta*, 2007). En cierto modo, lo que está proponiendo es, pues, desarrollar una crítica social de la nocividad. Pasemos por alto el carácter cuando menos poco novedoso de esta primicia teórico-periodística. Por muy grande que sea su retraso, la intención podría ser loable, y meritoria, viniendo de alguien tan novato en este terreno. Por lo tanto, uno siente curiosidad por descubrir qué puede significar, para el «especialista en medio ambiente» del periódico *Le Monde*, este «análisis político radical de las actuales relaciones de dominación» que convendría articular con la «inquietud ecológica» sin tardanza: «De aquí a diez años, tendremos que haber cambiado el rumbo». Porque a pesar de todo, Kempf se considera «optimista»: las «soluciones afloran», «desde Seattle y la protesta contra la Organización Mundial del Comercio»; «el movimiento social ha despertado» y la oligarquía *podría* verse dividida (y un sector de ella «quizá esté tomando claramente partido por las libertades públicas y el bien común»); «el gremio de los periodistas *podría* despertar»; y la izquierda «desfalleciente» *podría* renacer «uniendo las causas de la desigualdad y la ecología». Como podemos ver, no hay peligro de que la crítica social y el análisis de las relaciones de dominación le lleven a nada más radical que a la denuncia de las fe-

chorías de la oligarquía depredadora y codiciosa de los «mega-ricos».

Aunque nada de esto sea más consistente o esclarecedor que una antología con *the best of Le Monde diplomatique* de los últimos veinte años, Kempf es interesante, y hasta instructivo, por aquello de lo que no habla. Pues su tentativa crítica omite *ejemplarmente* analizar o mencionar siquiera el componente principal y ciertamente el más visible de las «actuales relaciones de dominación», aquel que un siglo xx aplastado por los «totalitarismos de transición», según la fórmula de Mumford, ha legado al siguiente: la burocracia. De este modo, como sucede siempre en los inofensivos sucedáneos críticos que quieren poner en tela de juicio el desarrollo económico sin responsabilizar jamás al Estado, las mejores aportaciones de un siglo de crítica social son, inocente y muy *convenientemente*, condenadas al olvido.

Sin remontarse hasta la polémica anarquista contra el estatismo marxista, es en el movimiento obrero organizado, es decir, en el encuadramiento político y social de las luchas obreras, donde primero se observó y analizó la formación de una burocracia moderna, distinta de la antigua burocracia de funcionarios del Estado. Michels y antes que él Machajski (*Le Socialisme des intellectuels*) identificaron muy pronto algunos

rasgos de lo que llegaría a ser en Rusia una nueva clase, por la vía de la apropiación totalitaria del poder. De forma paralela, en los países en que las relaciones de producción seguían estando dominadas por los capitalistas privados, la organización racionalizada de la producción y del consumo de masas (la necesidad de coordinar el trabajo que una división cada vez más exhaustiva estaba haciendo añicos) fue dando lugar progresivamente al nacimiento de una burocracia de *managers*; al tiempo que la Gran Depresión empujaba al Estado norteamericano a regimentar el capitalismo privado, poner en marcha mecanismos de regulación de la economía, empezar grandes obras de interés público para absorber el paro, etc., inicio de una planificación que terminó conociéndose como *New Deal*. Esta tendencia a la burocratización del mundo, dentro de la cual parecía inscribirse la renovación de los métodos totalitarios de dominación por parte del fascismo y el hitlerismo, fue teorizada por Rizzi, y más tarde por Burnham, de una forma aparentemente objetiva y en realidad apologética (en nombre del «sentido de la historia»), lo que, aplicado a realidades tan repugnantes, era entonces bastante original. Después de la Segunda Guerra Mundial y la derrota de la forma fascista del totalitarismo, precipitada por elecciones estratégicas demasiado irracionales (la forma estalinista,

aún más irracional en la gestión de la economía, debe a su pertenencia al bando de los vencedores el hecho de haber sobrevivido todavía unas cuantas décadas), se prosigue el desarrollo de la burocracia de los *managers*, juntamente con el de una «investigación científica» asimismo burocratizada durante la guerra y en lo sucesivo al servicio directo de la industria: la organización y la división del trabajo propias de la fábrica se extienden a todo con la abundancia de mercancías. Pero es principalmente en las burocracias estatales (primero en las nacionales y luego, tal vez aún más, en las supranacionales) donde crece la influencia de planificadores, gestores y demás tecnócratas que son considerados y se tienen a sí mismos como la encarnación de la racionalidad superior del capitalismo entendido como un «sistema». La ideología cibernética —de la cual proviene, conviene recordarlo, la noción de ecosistema— corresponde a esta fase de ascenso de la burocracia de los expertos y expresa sus ilusiones antihistóricas, exactamente igual que el estructuralismo, que es su retoño en las «ciencias humanas».

A finales de los años sesenta, y sobre todo en los años setenta, en respuesta a la crítica que tanta gente, particularmente la juventud, dirigía entonces contra la producción y el consumo de mercancías, comienza a formularse entre los planificadores (expertos del

MIT y del Club de Roma) un programa de estabilización burocrático-ecológica de la economía, que había que reconocer ya inmersa en una «carrera desbocada» hacia la catástrofe. Por aquella época cierto marxista podía ironizar con toda la razón a propósito de esta nueva manifestación de falsa conciencia por parte de unos expertos que, después de haberse engañado a sí mismos en cuanto al alcance real de su actividad cuando planificaban un crecimiento infinitamente organizado, se contentaban con invertir esa representación ideológica creyendo ahora que podían imponer al capitalismo un «crecimiento cero» incompatible con su propia esencia; dicho marxista señalaba además, y con no menos razón, que «los ecologistas omiten precisar en qué fuerzas sociales y políticas piensan apoyarse para operar semejante revolución en la máquina del Estado capitalista» (Pierre Souyri, *La Dynamique du capitalisme au vingtième siècle*, 1983). Este mismo autor añadía unas observaciones extremadamente sensatas, que nos devuelven al meollo de nuestra argumentación: «Las campañas alarmistas desatadas a propósito de los recursos del planeta y del envenenamiento de la naturaleza por la industria no anuncian en verdad ninguna intención por parte de los círculos capitalistas de detener el crecimiento. Más bien al contrario. El capitalismo se adentra ahora en una fase en la que

va a verse obligado a poner a punto todo un conjunto de técnicas nuevas de producción de energía, de extracción de minerales, de reciclaje de basuras, etc., y a transformar en mercancía una parte de los elementos naturales esenciales para la vida. Todo ello anuncia un período de intensificación de las investigaciones y transformaciones tecnológicas que exigirán inversiones gigantescas. Los datos científicos y la toma de conciencia ecológica son utilizados y manipulados para construir los mitos terroristas cuya función es hacer que se acepten como imperativos absolutos los esfuerzos y los sacrificios que serán indispensables para que el nuevo ciclo de acumulación capitalista que se está anunciando se lleve a cabo» (*ibídem*). La perspectiva así esbozada —en una obra publicada de manera póstuma pero redactada antes de 1979, fecha de la muerte del autor— tenía el mérito de concebir la posibilidad de que pudiera superarse, sin franquear por ello los límites del modo de producción capitalista, la contradicción entre la dinámica objetiva de éste y una regulación autoritaria de la economía en nombre de la racionalidad ecológica.

Viendo cómo se pone efectivamente en marcha hoy día una «gestión de crisis» permanente, alguien podría preguntarse si es la burocracia de los expertos la que asciende al poder o es el poder el que, en el cur-

so del hundimiento de la sociedad industrial, queda a su alcance. Lo cual sería probablemente plantear mal el problema. Pues ¿quiénes son los que se hacen cargo de la administración del desastre, o se disponen a ello? Nunca han dejado de surcar las aguas del poder, y de cruzarse en ellas. Sería tedioso dar una descripción detallada de esas *redes*, no siendo nuestro objetivo hacer sociología de las organizaciones. Al fin y al cabo, nadie que sepa mínimamente en qué mundo vive se sorprenderá de las connivencias, las cooptaciones y los intercambios de favores que aseguran la renovación participativa de los equipos y las directrices. Es aquí, entre los diseñadores y los agentes de los programas de desarrollo que se pusieron en marcha a partir de la posguerra, donde apareció una minoría de disidentes de la casa —algunos se declararían incluso «objetores al crecimiento»— que empezaría a «dar la voz de alarma» sin dejar de conservar un pie, o de colocar a sus amigos, dentro de las instituciones, de sus coloquios, seminarios y *think tanks*, donde quedan pragmáticamente integrados los partidarios de una crítica ecológica expurgada de cualquier relación con la crítica social. Escenario de «suma positiva»: los unos procuraban los argumentos tecnocientíficos de los cuales los otros estaban ávidos para poder hablar el mismo lenguaje; ellos mismos, unidos a los am-

bientalistas de estricta observancia que encontraron aún más rápido con quién hablar en las grandes organizaciones internacionales, encarnaban esa representación de la «sociedad civil» indispensable en toda estrategia de *lobbying* institucional.

En cualquier caso, mal que les pese a los amantes de una crítica-ficción melodramática y conspirativa, este relevo en «la casta cooptada que gestiona la dominación» se produce a plena luz del día es orquestado a bombo y platillo, «exhibido en la escena del espectáculo»; y lo menos que puede decirse es que no se presenta como el rayo, «que solo se ve cuando fulmina». Pronto hará cuarenta años que se nos anuncia, por boca de doctos oráculos, que el tiempo apremia, que no quedan más de diez años para cambiar el rumbo, y hacer frente a este desafío radicalmente nuevo, «magnífico pero terrible», etc.⁶ (En 1992, 1.600 científicos,

6 «El ecologismo, por lo demás, no ha tardado en hacerse político; tan buena predisposición no podía permanecer sin uso. De 1972 en adelante, multitud de cumbres y de informes razonablemente especializados y alarmistas fueron tomando el relevo [...]. Es así como, a partir de 1987, la comunidad internacional empieza a hablar de comprometerse en la vía de un *desarrollo sostenible*, inepta quimera cuyo éxito universal resume por sí solo los progresos del encierro en la mentalidad industrial» (René Riesel, *Los progresos de la domesticación*, 2003).

entre ellos 102 premios Nobel, dirigieron un «aviso a la humanidad» en el que afirmaban que «no quedan más que una o dos décadas antes de que hayamos perdido cualquier posibilidad de escapar a las amenazas que nos acechan y las perspectivas de futuro de la humanidad se vean drásticamente reducidas».) Podría bromearse a costa de un estado de emergencia que se declara con tan poca prisa, pero la explicación es muy simple. Solo hacía falta que, franqueado un umbral en las agresiones contra los equilibrios naturales, llamadas «externalidades negativas», el *management* capitalista aprendiese a reconocer su *positividad* potencial y llegase a ver en ello, a través de la única «toma de conciencia» que puede ponerse en el activo de los expertos catastrofistas, un yacimiento de rentabilidad perpetua de la cual ya solo tenía que convenir a clientes y accionistas.

XXI

EN RESPUESTA A LAS almas cándidas que se sintieron ofendidas cuando una *gestora* americana se apresuró a definir el tsunami de diciembre de 2004 como una

«maravillosa oportunidad» («que nos ha resultado muy rentable»), se señaló oportunamente que con ello no hacía más que expresar, es verdad que de una manera más bien impertinente, una realidad del capitalismo (cfr. Naomi Klein, «The Rise of the Disaster Capitalism», *The Nation*, 2 de mayo de 2005). Había sin embargo cierta ingenuidad en retrotraer la instauración de este «capitalismo del desastre» —fórmula que es en sí misma una especie de pleonasma— a la devastación de Centroamérica por el huracán Mitch (octubre de 1998) y en colocar principalmente bajo esta rúbrica las operaciones exteriores de la administración estadounidense y del Banco Mundial, planificadas para preparar al mismo tiempo las intervenciones militares del día de mañana y la reconstrucción de países que todavía no han sido destruidos. (Por lo demás, hemos podido ver cómo se entregaba Nueva Orleans, devastada por un huracán, a las mismas firmas que Irak o Afganistán, para ser reconstruida más bonita y más limpia, más típica y menos negra.) Pues el desencadenamiento de un sinnúmero de calamidades, con sus combinaciones imprevistas y sus aceleraciones brutales, inaugura universalmente un fabuloso programa de obras para los *trusts* planetarios del capitalismo.

A propósito del calentamiento global en ocasiones se habla, para poner la indispensable nota de opti-

mismo, de la viña que muy pronto se cultivará en Gran Bretaña, como el trigo en Siberia, o de la fusión de los hielos del Ártico, que abrirá nuevas vías marítimas y permitirá buscar el petróleo que seguramente esconde el océano Polar. Pero estas roborativas noticias solo explican de manera muy parcial qué clase de *Paso del Noroeste* inaugura la debacle de la naturaleza para la razón económica, especialmente cuando va a ser preciso fabricar todo de nuevo, una vida artificial entera, con sus sucedáneos y sus paliativos tecnológicos cada vez más costosos, es decir, rentables para la industria. A partir de los proyectos de «terraformación» destinados a crear condiciones de supervivencia aproximada en los planetas accesibles a la conquista espacial, se han concebido técnicas llamadas de «geoingeniería», dado que es la Tierra misma la que se vuelve ahora un planeta hostil e inhabitable y es por lo tanto aquí donde hay que empezar a experimentar esta ordenación del territorio a escala del sistema solar. La NASA y los grandes laboratorios americanos encuentran así la oportunidad de promover una «versión medioambiental» del programa de escudo espacial antimisiles conocido como «Guerra de las Galaxias». (Edward Teller, el mismo que tumbó a Oppenheimer y dirigió los trabajos de la bomba termonuclear, después de haber sido el instigador de esta «Iniciativa de Defensa

Estratégica», fue uno de los primeros —a partir de 1997— en defender públicamente la necesidad de la geoingeniería.)

Estos proyectos grandiosos, que los climatólogos más sensatos rechazan por las «acciones imprevistas» que podrían desencadenar, recuerdan los delirios de un científico loco de tebeo. Los hay más prosaicos, pero no menos representativos de las «maravillosas oportunidades» que ofrece una Tierra que ya ha tornado invivible. La ecología industrial propone ya planes de ciudades sostenibles o ecociudades «con cero emisiones», reciclaje de residuos, energía solar y todas las comodidades electrónicas. Estas nuevas urbes coloniales se construirán —en un estilo arquitectónico por supuesto respetuoso con las tradiciones locales— en primer lugar en China o en Abu Dhabi, escaparates del imperialismo tecnológico que ha conseguido *certificado de calidad ambiental*. Pero las oficinas técnicas de las firmas de ingeniería se han puesto manos a la obra por doquier en previsión de las nuevas normas que dictará la gobernanza ecológica. En su euforia después de «*la Grenelle de l'environnement*» que promete cuotas de mercado, cierto hombre de negocios llegaba a adoptar con toda naturalidad los aires marciales del director de koljós que recuerda los objetivos del plan quinquenal y enumera los eslóganes del Gran Salto

Adelante de la economía sostenible: «movilización nacional... emergencia ecológica... defensa de nuestro planeta... futuro de nuestros hijos»; sin dejar de subrayar que «la voluntad política de rehabilitación y construcción de viviendas, barrios o incluso ciudades ecológicas representa para la industria una formidable oportunidad de crecimiento» (Gérard Mestrallet, presidente de Suez, «L'environnement, catalyseur d'innovation et de croissance», *Le Monde*, 21 de diciembre de 2007). Para completar el cuadro y respetar a la vez la *paridad*, citaremos también a una directiva de desarrollo sostenible del grupo Veolia-Environnement, no menos entusiasta: «La construcción y la renovación "verdes" están en marcha, es un mercado inmenso, abundante, ilusionante y muy prometedor, hasta tal punto que el nuevo Eldorado es hoy el de la *clean tech* en la edificación, es decir, tecnologías limpias en referencia a la imperiosa necesidad de reducir la huella de carbono de todas las construcciones del mundo, conforme a la hoja de ruta fijada» (Geneviève Ferone, 2030, *le krach écologique*, 2008).

ES CONOCIDO EL PAPEL que han desempeñado siempre las guerras, en el curso de la historia moderna, para acelerar la fusión de la economía y el Estado. Y es precisamente una guerra lo que hay que librar para vencer a la naturaleza estropeada por las operaciones previas de la razón económica y sustituirla por un mundo íntegramente producido, mejor adaptado a la vida en la alienación.⁷ Uno de los propagandistas americanos de la reconversión ecológico-burocrática del capitalismo (menos alucinado que Rifkin con su final del trabajo y su economía del hidrógeno), Lester Brown, ha apelado explícitamente a una «movilización de tiempos de guerra» y ha propuesto el modelo de la reconversión del aparato productivo que tuvo lugar durante la Segunda Guerra Mundial; subrayando no obstante la diferencia de que, puesto que esta vez se trata de «salvar el planeta amenazado y nuestra civilización en peligro»,

7 «El estado de excepción ecológico es a la vez una *economía de guerra* que moviliza la producción al servicio de intereses comunes definidos por el Estado, y una *guerra de la economía* contra la amenaza de movimientos de protesta que puedan llegar a criticarla sin rodeos» («Mensaje dirigido a todos aquellos que no quieren administrar la nocividad sino suprimirla» [1990], *Encyclopédie des Nuisances*, n.º 15, abril de 1992).

la «reestructuración económica» no debería ser temporal sino permanente. Rememorando «el año 1942, testigo de la mayor expansión de la producción industrial de la historia del país» (un poeta americano que había sido soldado en los combates en Europa resumió así la cosa: «Por cada obús que tiraba Krupp, General Motors devolvía cuatro»), se exalta con el recuerdo de aquella movilización total, con su racionamiento y su organización autoritaria: «Esta movilización de recursos en cuestión de meses demuestra que un país y, de hecho, el mundo puede reestructurar su economía con rapidez si está convencido de la necesidad de hacerlo». Inflammado por el ejemplo que diera entonces la industria de la matanza masiva, se expresa en un estilo de *relaciones públicas* puesto a punto en la misma época para sustituir al viejo adoctrinamiento: «Disponemos de la tecnología, de los instrumentos económicos y de los recursos financieros necesarios [...] para desviar nuestra civilización de su trayectoria de declive y para ponerla en una senda que le permita proseguir con el progreso económico» (*Salvar el planeta. Plan B: ecología para un mundo en peligro*, 2007).

Este prototipo bastante acabado de ecolócrata, experto catastrofista desde hace casi cuarenta años, no es ciertamente el único que «tiene un plan» (otros hablan por ejemplo de un «plan Marshall del clima»),

pero el suyo tiene el incontestable mérito de estar formulado a la americana, con una brutalidad campechana y una buena conciencia absoluta, sin las precauciones oratorias y los circunloquios en que se enredan aquí los estatistas de izquierdas y los ciudadanistas más o menos decrecentistas. Redactado conforme a los protocolos de la gestión burocrática (indicadores, tablas, estadísticas y cálculo de financiación de objetivos; podemos enterarnos hasta del coste, «por pérdida de ingresos potenciales», de la «disminución del Coeficiente Intelectual ligado a la intoxicación prenatal por mercurio»: 8.700 millones de dólares), no oculta que se trata de un programa de concentración del poder: «De lo que el mundo tiene necesidad en nuestra época no es de más petróleo, sino de más gobernanza». Esta «hoja de ruta» para un capitalismo del desastre ecológicamente correcto no ha ofendido sin embargo a nadie, tan avanzada está ya la *educación* del público que dicha hoja preconiza («Una necesidad de gobernanza mediática se abre paso paralelamente a la necesidad de gobernanza política»). Así puede citarse favorablemente a Lester Brown, como hace Lattouche, mientras se alardea de estar en guardia ante una hipotética amenaza de «ecofascismo».

Un consenso poco menos que universal se ha establecido, pues, en pocos años entre los defensores de

«nuestra civilización» en torno a la necesidad de una *gobernanza* reforzada ante la crisis ecológica total; y es preciso deducir de ello que está cerrándose el paréntesis «neoliberal», durante el cual el capitalismo restauró la rentabilidad de sus inversiones disminuyendo drásticamente no solo sus costes salariales sino también sus «gastos extraordinarios» estatales. Se ha querido a veces fechar con exactitud este cambio de tendencia, retrotrayéndolo al año 2005, pues a partir de ese momento se multiplican, con la oficialización de la crisis climática, los signos de un *aggiornamento* ideológico en la esfera del poder; en particular el «informe Stern» de octubre de 2006: «Este documento saca a la ecología del campo político, ocupado desde hace treinta años por las ONG y los partidos de izquierda antiliberales [*sic*], y la instala definitivamente en el centro de la evolución del capitalismo contemporáneo» (Jean-Michel Valentin, *Écologie et Gouvernance mondiale*, 2007). Pero en realidad la colaboración abierta entre asociaciones ecologistas, ONG, empresas y administraciones se remonta en ciertos sectores a los años noventa.

La tentativa de reorganización burocrático-ecológica que se produce ahora ciertamente no tiene nada de procedimiento de «racionalización» aplicado en frío. Tiene lugar justamente *en la catástrofe*, pues al calor del incendio del mundo las diversas burocracias

encargadas de la gestión especializada de cada sector de la sociedad de masas alcanzan su *punto de fusión*. El proceso ya iniciado solo puede precipitarse con la crisis financiera que pone fin a un ciclo especulativo, pero que, en sí misma, es principalmente una manifestación del hecho de que la proximidad del vencimiento de los plazos ecológicos anunciados desde hace tanto disuade al capitalismo (con mucha mayor eficacia que las denuncias grandilocuentes de la «locura financiera») de concederse a sí mismo demasiado crédito. (De tal modo, el hundimiento de la especulación inmobiliaria en los Estados Unidos es también un efecto del final del petróleo barato.) El proyecto de adecuación ecológica del capitalismo llega a tiempo para la reorganización de la producción, en particular la del vasto sector de «construcción y obra pública» —que incluye la «ingeniería civil»—, industria pesada de una «nueva revolución industrial» cuyo modelo utópico sería Dubai, «que produce su agua por desalación, regula su temperatura, filtra los rayos del sol, controla todos los parámetros de la vida para realizar el oasis ideal; donde el tiempo, el clima y el mundo se detienen en un presente perfecto» (Hervé Juvin, *Produire le monde. Pour une croissance écologique*, 2008). En esta utopía posthistórica, sueño de una «salida de la naturaleza» («La promesa suprema está a nuestro alcance: que

ya no suceda nada, en ninguna parte, jamás, que no hayamos decidido nosotros», *ibid.*), la supervivencia, organizada y regulada *en bloque* por la administración del desastre, nos la revenderán *al por menor* en la producción de mercancías.

XXIII

LA BUROCRACIA DE LOS expertos, nacida con el desarrollo de la planificación, fabrica para el conjunto de los gestores de la dominación el lenguaje común y las representaciones gracias a las cuales comprenden y justifican éstos su propia actividad. Con sus diagnósticos y sus prospectivas, formulados en la neolengua del cálculo racional, cultiva la ilusión de un control tecnocientífico de los «problemas». Defender el programa de una supervivencia íntegramente administrada es su vocación. Es esta burocracia la que lanza regularmente alertas y advertencias, contando con la emergencia que hace valer para quedar asociada de modo más directo a la gestión de la dominación. En su campaña por la instauración del estado de excepción, nunca le ha faltado el respaldo de todos los es-

tatistas de izquierda y demás ciudadanistas, y a partir de ahora apenas encontrará objeciones entre los gestores de la economía, pues la mayoría de ellos ve en la perspectiva de un desastre sin final un relanzamiento permanente de la producción mediante la búsqueda de la «ecocompatibilidad». Una cosa que tiene ya asegurada es que a la hora de aplicar la vieja receta keynesiana de los programas de obras públicas, resumida en la fórmula «hacer agujeros para luego tapparlos», va a encontrar bastantes «agujeros» ya hechos, estragos que reparar, basuras que reciclar, poluciones que limpiar, etc. («Vamos a tener que reparar lo que nunca ha sido reparado, gestionar lo que nadie ha tenido que gestionar jamás», *ibíd.*).

El encuadramiento de este nuevo «ejército de trabajo» está ya en pie de guerra. Así como el *New Deal* consiguió la adhesión de prácticamente todos los intelectuales y militantes de izquierda de referencia en Estados Unidos, el nuevo curso ecológico del capitalismo burocrático moviliza a lo largo y ancho del mundo a todos los «amables *apparatchiks*» de las causas justas medioambientales y humanitarias. Se trata de jóvenes especialistas, entusiastas, competentes y ambiciosos: formados sobre el terreno, en ONG y asociaciones, en la dirección y la organización, se sienten capaces de «hacer que las cosas vayan avanzando».

Convencidos de encarnar el interés superior de la humanidad, de estar yendo en el sentido de la historia, están provistos de una absoluta buena conciencia y, por si fuera poco, de la certidumbre de tener las leyes de su parte: las leyes que ya están en vigor y todas las que esperan conseguir que se promulguen. Pues cada vez quieren más leyes y reglamentos, y es ahí donde coinciden con el resto de progresistas, «antiliberales» y militantes del partido del Estado, para quienes la «crítica social» consiste, al estilo Bourdieu, en invitar a los «dominados» a «defender el Estado» contra su «desmantelación neoliberal».

Nada indica mejor en qué sentido el catastrofismo de los expertos es algo bien distinto de una «toma de conciencia» del desastre real de la vida alienada que la manera en que milita para que cada aspecto de la vida, cada detalle del comportamiento, quede convertido en objeto de control estatal, dirigido por normas, reglas y prescripciones. Todo experto convertido al catastrofismo se sabe depositario de un fragmento de la verdadera fe, de la racionalidad impersonal que es la esencia ideal del Estado. Cuando dirige sus reproches y sus recomendaciones a los dirigentes políticos, el experto es consciente de que representa los intereses superiores de la gestión colectiva, los imperativos de supervivencia de la sociedad de masas. (Hablará de

la «voluntad política» que falta para aludir a este aspecto de las cosas.) La gestión de los expertos no es estatista únicamente por sus usos, porque solo un Estado reforzado pueda aplicar sus soluciones: lo es estructuralmente, en todos sus medios, sus categorías intelectuales y sus «criterios de pertenencia». Estos «jesuitas de Estado» tienen su idealismo (su «espiritualismo», lo llamaba Marx), la convicción de estar trabajando para la salvación del planeta; pero muy a menudo este idealismo se invierte en la práctica prosaica en un burdo materialismo, para el cual no hay una sola manifestación espontánea de la vida que no quede rebajada al rango de objeto pasivo susceptible de ser administrado: para imponer el programa de la gestión burocrática («producir la naturaleza») es preciso combatir y suprimir todo lo que existe de manera autónoma, sin el apoyo de la tecnología, y que por lo tanto ha de ser irracional por fuerza (como lo eran hasta ayer mismo las críticas de la sociedad industrial que anunciaban su previsible desastre).

El culto a la objetividad científica impersonal, al *conocimiento sin sujeto*, es la religión de la burocracia. Y entre sus devociones favoritas figura por motivos obvios la estadística, ciencia del Estado por excelencia, que llegó a serlo efectivamente en la Prusia militarista y absolutista del siglo XVIII, que fue también la pri-

mera, como señaló Mumford, en aplicar a gran escala en la educación la uniformidad y la impersonalidad del sistema moderno de escuela pública. Igual que en Los Álamos el laboratorio se transformó en cuartel, lo que anuncia el mundo-laboratorio, tal y como se lo representan los expertos, es un *ecologismo de cuartel*. El fetichismo de los datos y el respeto pueril por todo lo que se presente en forma de cálculo nada tienen que ver con el miedo al error, sino, más bien, con el miedo a la verdad, tal cual podría atreverse a formularla el no experto sin ninguna necesidad de cifras. Por eso a éste hay que educarlo, informarlo, para que se someta por adelantado a la autoridad científico-ecológica que dictará las nuevas normas, necesarias para el buen funcionamiento de la máquina social. En la voz de quienes repiten con fervor las estadísticas que difunde la propaganda catastrofista, no es la revuelta lo que resuena, sino la sumisión anticipada a los estados de excepción, la aceptación de las disciplinas por venir, la adhesión al poder burocrático que pretende, mediante la coacción, asegurar la supervivencia colectiva.

SI NOS ATUVIÉSEMOS A la fórmula de Nougé («La inteligencia ha de tener *mordiente*, pues *ataca* problemas»), estaríamos tentados de conceder tan solo una inteligencia muy mediocre a Latouche, el principal pensador del «decrecimiento», esa ideología que presume de ser una crítica radical del desarrollo económico y de sus subproductos «sostenibles». Demuestra en efecto un talento sumamente profesoral, que raya a veces en el genio, para desazonar todo lo que toca y convertir cualquier verdad crítica, traduciéndola a la neolengua del decrecimiento, en una vulgaridad insípida y biempensante. No cabría sin embargo atribuirle todo el mérito de una insulsez suave y edificante que es el resultado de una suerte de política: esa por la cual la *izquierda de los expertos* trata de movilizar tropas reuniendo a todos los que quieren creer que podríamos «salir del desarrollo» (es decir, del capitalismo) permaneciendo en él. Así pues, no juzgaremos los escritos de Latouche en cuanto obra personal (a este respecto, el genio de la lengua es más cruel que cualquier juicio: su prosa le hace justicia). Que semejante potaje, en el que flotan todos los clichés del ciudadanía ecocompatible, pueda presentarse como portador de alguna clase de subversión —aun-

que solo fuese «cognitiva»—, sirve por sí solo para hacerse una idea del conformismo reinante. En cambio, para lo que nos interesa aquí, Latouche es perfecto: es un maestro a la hora de halagar la buena conciencia y alimentar las ilusiones del personal subalterno que se afana ya en «tejer vínculo social» y que se ve accediendo muy pronto a los puestos de encuadramiento de la administración del desastre. Es lo que él mismo llama, al inicio de su último breviario (*Pequeño tratado del decrecimiento sereno*, 2007), proporcionar «una herramienta útil de trabajo para cualquier directivo de alguna asociación o cualquier político comprometido, en particular con lo local o lo regional».

El programa del decrecimiento, tal y como se lo propone Latouche tanto al ciudadanía descompuesto como al ecologismo en busca de recomposición, no deja de recordar el que esbozase en 1995 el norteamericano Rifkin en su libro *El fin del trabajo*. Ya entonces de lo que se trataba era de «anunciar la transición hacia una sociedad posmercantil y postsalarial» mediante el desarrollo de lo que Rifkin denomina el «tercer sector» (lo que, *grosso modo*, se conoce en Francia como «movimiento asociativo» o «economía social»); y de impulsar a tal fin un «movimiento social de masas», «suceptible de ejercer una gran presión a la vez sobre el sector privado y sobre los poderes

públicos», «para lograr la transferencia de una parte de los enormes beneficios de la nueva economía de la información hacia la creación de capital social y la reconstrucción de la sociedad civil». Pero los decrecentistas cuentan más bien con las duras necesidades de la crisis ecológica y energética, de las cuales se proponen hacer otras tantas *virtudes*, para ejercer «una gran presión» sobre los industriales y los Estados. Mientras tanto, los militantes del decrecimiento han de predicar con el ejemplo y mostrarse pedagógicamente austeros, a la vanguardia de un racionamiento bautizado como «simplicidad voluntaria».

Precisamente porque los decrecentistas se presentan como los portadores de la más decidida voluntad de «salir del desarrollo», es en ellos donde mejor pueden medirse a la vez la profundidad del remordimiento por tener que hacerlo (invertido en autoflagelación y en mandamientos de virtud) y el perdurable encierro en las categorías de la argumentación «científica». El *fatum* termodinámico exime felizmente de tener que elegir el camino a seguir: es la «ley de la entropía» la que impone como única alternativa la vía del decrecimiento. Con este huevo de Colón, puesto por su «gran economista» Georgescu-Roegen, los decrecentistas están seguros de tener el argumento irrefutable que no puede por menos de convencer a

empresarios y dirigentes de buena fe. En caso contrario, las consecuencias, previsibles y calculables, se encargarán de obligarles a tomar las decisiones inevitables (como dice Cochet, cuyo libro *Pétrole apocalypse* gusta de citar Latouche: «A cien dólares el barril de petróleo, hay que cambiar de civilización»).

Calificar la sociedad de termoindustrial permite asimismo desdeñar todo lo que ya sucede en materia de coerciones y reclutamientos, y que no contribuye, o no mucho, al agotamiento de los recursos energéticos. Con mucho gusto se pasa esto por alto, máxime cuando uno mismo es cómplice, en la educación pública o en otro sitio. Atribuir todos nuestros males a la naturaleza «termoindustrial» de esta sociedad es por tanto bastante cómodo, al mismo tiempo que simplista, para saciar el apetito crítico de mentecatos y cretinos arribistas, últimos residuos del ecologismo y del «movimiento asociativo», que constituyen las *bases* del decrecimiento. El cuidado por no violentar a estas bases con verdades demasiado crudas, por engatusarlas con una transición suave hacia «la gozosa embriaguez de la austeridad compartida» y el «paraíso del decrecimiento convivial», lleva a Latouche, que pese a todo no es tan tonto, a semejantes pobreza voluntarias, prudencias de campaña electoral o de encíclica pontificia: «Es cada vez más probable que, más allá de

cierto umbral, el crecimiento del PIB se traduzca en una disminución del bienestar»; o incluso, después de haberse atrevido a imputar al «sistema de mercado» la desolación del mundo: «Todo esto confirma las dudas que habíamos expresado acerca de la ecocompatibilidad del capitalismo y una sociedad de decrecimiento» (*La apuesta por el decrecimiento*, 2006).

Pues aunque la mayoría de los decrecentistas haya juzgado prematuro o inoportuno crear formalmente un «Partido del Decrecimiento» y preferible «influir en el debate», es bien cierto que hay una especie de partido en la sombra, con su jerarquía informal, sus militantes de base, sus intelectuales y expertos, sus dirigentes y sus fines políticos. Todo eso funciona a las mil maravillas en las virtuosas convenciones de un ciudadanía al que se guardan de perturbar con exceso crítico alguno: ante todo, es preciso no ofender a nadie en *Le Monde diplomatique*, tratar bien a la izquierda, al parlamentarismo («El rechazo radical de la “democracia” representativa tiene algo de excesivo», *ibíd.*) y, de manera más general, al progresismo, cuidando de no parecer nunca nostálgico, tecnófobo, *reaccionario*. La «transición» hacia la «salida del desarrollo» ha de seguir siendo lo bastante vaga como para no impedir los apaños y las componendas con aquello que ritualmente se denuncia como «política profesional»: «Los

compromisos posibles en cuanto a los medios de la transición no deben hacer perder de vista los objetivos respecto a los cuales no se puede transigir». (*Pequeño tratado del decrecimiento sereno*, 2007). Estos objetivos los recita Latouche en un estilo digno de la escuela de cuadros del Partido: «Recordemos esos ocho objetivos susceptibles de desencadenar un círculo virtuoso de decrecimiento sereno, convivial y sostenible: reevaluar, reconceptualizar, reestructurar, redistribuir, relocalizar, reducir, reutilizar, reciclar» (*ibíd.*). En lo que a reutilizar y reciclar se refiere, Latouche es el primero en dar ejemplo, repitiendo y remachando de un libro a otro los mismos deseos piadosos, estadísticas, índices, referencias, ejemplos y citas. Dando vueltas en su «círculo virtuoso», pese a todo intenta innovar y, así, ha enriquecido su catálogo con dos erres (reconceptualizar y relocalizar) desde la época en que el soberbio proyecto de «deshacer el desarrollo, rehacer el mundo» se preparaba bajo la égida de la Unesco (cfr. *Sobrevivir al desarrollo*, 2004). Lo que no se entiende demasiado bien es la ausencia de un noveno mandamiento, reapropiar(se), limpio en lo sucesivo de cualquier tufo revolucionario (el antiguo «¡Expropiemos a los expropiadores!»); así descontaminado, empero, le viene como un guante a la expeditiva empresa de recuperación a la que se entregan los decrecentistas

para agenciarse en un abrir y cerrar de ojos una galería de antepasados presentables (donde figura ahora «una tradición anarquista en el seno del marxismo, reactualizada por la Escuela de Fráncfort, por el consejismo y el situacionismo», *Pequeño tratado...*).

Según Latouche, la «apuesta por el decrecimiento [...] consiste en pensar que el atractivo de la utopía convivial combinado con el peso de las exigencias de cambio es susceptible de favorecer una “descolonización del imaginario” y suscitar suficientes “comportamientos virtuosos” en favor de una solución razonable: la democracia ecológica» (*La apuesta por el decrecimiento*). Si bien, en lo que a «exigencias de cambio» se refiere, vemos claramente para qué pueden servir los decrecentistas —para tomar el relevo, con sus llamamientos a la autodisciplina, de la propaganda en pro del racionamiento, a fin de que, por ejemplo, a la agricultura industrial no le falte el agua de riego—, en cambio cuesta bastante más entender qué atractivo podría ejercer una «utopía» cuyo «programa semielectoral» hace un hueco a la felicidad y al placer proponiendo «impulsar la “producción” de bienes relacionales». Ciertamente nadie se fiaría de arrebatos demasiado líricos en torno a futuros que decrecen;⁸

8 «...*lendemains qui décroissent*», alusión a los «futuros que can-

pero apenas hay peligro de que algo así suceda cuando estos menesterosos aparecen con su cara de entierro y comienzan a exponer, con un entusiasmo de animador sociocultural, sus promesas de «alegría de vivir» y de serenidad convivial. Los lamentables intentos por poner un poco de fantasía a su austeridad están tan inspirados como los de Besset, que canta las bellezas del surrealismo como un subprefecto en la inauguración de la mediateca René Char de cierta ciudad de provincias. La felicidad le parece una idea tan nueva a esta gente, y la idea que se hacen de ella se asemeja tanto a los goces que promete un festín macrobiótico, que no hay más remedio que suponer que ellos mismos se mueren de aburrimiento o que algún *casseur de pub*⁹ les ha llamado la atención por eso. Ahora se emplean a fondo, particularmente en su revista «teórica» *Entropia*, en demostrar que les chiflan el arte y la poesía. Estamos viendo ya el cartelito y los *flyers* («El domingo por la tarde en el local de asociaciones de Moulins-sur-Allier, de 15,30 a 17 h., el club de poetas locales y la asociación de escultores

tan» («*des lendemains qui chantent*»), viejo eslogan del Partido Comunista francés. (*N. del t.*).

9 *Casseurs de pub* («Destrucción de publicidad») es una revista francesa dirigida por Victor Cheynet y afín a los postulados del decrecimiento. (*N. del t.*).

bretones ofrecerán una divertida actuación, seguida de una merienda ecológica»).

La ideología del decrecimiento ha nacido en el ámbito de los expertos, entre quienes, en nombre del realismo, querían incluir en una contabilidad «bioeconómica» esos «costes reales para la sociedad» que acarrea la destrucción de la naturaleza. Conserva la marca indeleble de dicho origen: a pesar de toda la palabrería al uso en torno al «reencantamiento del mundo», su aspiración sigue siendo, a la manera de cualquier tecnócrata tipo Lester Brown, «internalizar los costes para conseguir una mejor gestión de la biosfera». Predica el racionamiento voluntario a las bases, para que den ejemplo, pero reclama a las altas esferas medidas estatales: redistribución de la fiscalidad («ecotasas»), subvenciones, normas. Si en ocasiones se arriesga a hacer profesión de anticapitalismo —en la más completa incongruencia con propuestas como la de una «renta básica universal», por ejemplo—, no se aventura jamás a declararse antiestatista. La vaga coloración libertaria figura solo para cuidar a una parte del público, dar un toque de izquierdismo muy consensual y «antitotalitario». De este modo la alternativa irreal entre «ecofascismo» y «ecodemocracia» sirve principalmente para no decir nada de la reorganización burocrática en curso, en la cual participa uno *serenamente*

militando ya a favor del encuadramiento consentido, la sobreesocialización, la reglamentación y la pacificación de los conflictos. Porque el miedo que se expresa en este sueño pueril de una «transición» sin lucha es, mucho más que a la catástrofe cuya amenaza se agita para hacer que los dirigentes se arrepientan, el miedo a unos desórdenes en los que la libertad y la verdad podrían encarnarse y dejar de ser cuestiones académicas. Por lo que, muy lógicamente, este *decrecimiento de la conciencia* termina encontrando lo que buscaba en el mundo virtual, donde uno puede, sin sentirse culpable, viajar «con un impacto muy limitado sobre el medio ambiente» (*Entropía*, n.º 3, otoño de 2007); a condición no obstante de olvidar que en 2007, según un estudio reciente, «el sector de las tecnologías de la información, a nivel mundial, ha contribuido al cambio climático tanto como el transporte aéreo» (*Le Monde*, 13-14 de abril de 2008).

XXV

POR MUY ALEJADO DE todo exceso que sepa mostrarse Latouche en la realización de su «deber de iconoclas-

tia», el decrecimiento no deja de tener sus revisionistas, que lo invitan a que se atreva a parecer lo que es y a guardar de una vez por todas ese atuendo subversivo que tan mal le sienta: «Una primera propuesta para consolidar la idea de un decrecimiento pacífico sería la renuncia clara e inequívoca al objetivo revolucionario. Dañar, destruir o invertir el mundo industrial me parece no solo un capricho peligroso, sino un llamamiento encubierto a la violencia, exactamente como lo era la voluntad de suprimir las clases sociales en la teoría marxista» (Alexandre Genko, «La décroissance, une utopie sans danger?», *Entropia* n.º 4, primavera de 2008). Hasta el propio Besset, a pesar de ser portavoz de Hulot y defensor de «la Grenelle de l'environnement» como «primer paso en una propuesta de transición hacia la mutación ecológica, social y cultural de la sociedad», lo tiene difícil después de esto para añadir más moderación: «Ante la magnitud y la complejidad de la tarea, las proyecciones verbosas o los catecismos doctrinarios no nos resultarán precisamente de gran ayuda. [...]. Por más que acompañemos el decrecimiento de adjetivos simpáticos —convivial, equitativo, feliz—, la cosa no va a ser agradable [...], las transiciones van a ser terribles, y las rupturas, dolorosas» (*ibíd.*). Estas amargas advertencias dejan bastante claro a su manera por qué las recomendacio-

nes decrecentistas no constituyen en ningún caso un programa cuyo contenido habrá ocasión de discutir, y sobre qué clase de partitura obligatoria tratan de tocar su minué (*decrecendo cantabile*), a modo de *acompañamiento de fin de vida* para una época de la sociedad industrial: un «nuevo arte de consumir» entre las ruinas de la abundancia mercantil.¹⁰

La imagen que de sí mismo se hacía lo que hasta no hace mucho se llamaba el «mundo libre», en realidad apenas había variado desde Yalta: ese conformismo democrático, acorazado en sus certezas, sus mercancías y sus envidiables tecnologías, ciertamente se tambaleó por un momento con los disturbios revolucionarios de 1968, pero la «caída del muro» pareció asegurarle una especie de eternidad (se habló expeditivamente de «fin de la historia») y creyó poder feli-

10 «Así pues, en el momento en que la huida hacia adelante de la sociedad industrial la lleva irreversiblemente al hundimiento, se ha optado por privilegiar el intercambio de argucias sobre el control —científico o, tal vez, ciudadano—, sobre los méritos de la gestión pública de ese hundimiento o sobre las precauciones que habrá que adoptar para hacerlo soportable. ¿Cómo ver en ello algo más que una controversia sobre los usos o maneras de mesa que se haya decidido observar en la balsa de la Medusa?» (René Riesel, «Communiqué» del 9 de febrero de 2001 en Montpellier, *Aveux complets sur les véritables mobiles...*, 2001).

citarse de que los parientes pobres quisieran acceder a su vez y a toda prisa a semejantes delicias. Luego ha tenido, no obstante, que empezar a inquietarse por el número de primos, sobre todo los más lejanos, y a preguntarse si realmente eran de la familia, cuando se han puesto a aumentar desconsideradamente su «huella de carbono». Lo que inquieta a todo el mundo ya no es solamente el escenario clásico de la superpoblación, donde, a pesar de los incrementos de productividad, los recursos alimentarios resultarán insuficientes para cubrir las necesidades de los sobrantes, sino una configuración inédita según la cual, ante una población constante, la amenaza procede de un exceso de modernos viviendo de manera moderna: «Si los chinos o los indios tienen que vivir como nosotros...» Frente a esta «realidad catastrófica», las panaceas tecnológicas con las que todavía quieren embaucarnos (fusión nuclear, transgénesis humana, colonización de los océanos, éxodo espacial a otros planetas) apenas si tienen el aspecto de utopías radiantes, excepto para unos cuantos iluminados, sino más bien el de paliativos que de todos modos llegaran demasiado tarde. Habrá que seguir predicando por tanto «duras renunciaciones» y «rupturas dolorosas» a unas poblaciones que van a tener que «descender varios grados en la escala de la alimentación, los desplazamientos, la producción y el modo

de vida» (Besset); y, respecto a las nuevas potencias industriales, habrá que volver al proteccionismo en nombre de la lucha contra el «dumping ecológico», a la espera de que surja allí también un relevo más consciente de los «costes ambientales» y de las medidas a adoptar (reorientación que encarna en China el ahora ministro Pan Yue).

Los «imperativos del presente» con que se complace en machacar el realismo de los expertos son exclusivamente aquellos que imponen el mantenimiento y la generalización planetaria de un modo de vida industrial condenado. Que no tienen aplicación más que en el interior de un *sistema de necesidades* cuyo desmantelamiento permitiría encarar, bajo las demenciales complicaciones de la sociedad administrada y de su ortopedia tecnológica, los problemas vitales que solo la libertad puede plantear y resolver, y que ese reencuentro con las obligaciones materiales afrontadas sin intermediarios pueda ser, en sí mismo, en el acto, una emancipación, son ideas que nadie de los que nos hablan de los inmensos peligros creados por nuestra entrada en el *antropoceno* se atreve a defender clara y abiertamente. Cuando alguien se aventura a decir tímidamente algo en este sentido —que privarse de las comodidades de la vida industrial quizá no sea una renuncia tan dolorosa, sino, an-

tes al contrario, un inmenso alivio y una sensación de volver por fin a la vida—, por lo general se apresura a dar marcha atrás, consciente de que será tachado de terrorismo antidemocrático, incluso de totalitarismo o de ecofascismo, si lleva sus razonamientos hasta el final; de ahí esa profusión de obras en las que ciertas observaciones pertinentes se diluyen en un océano de consideraciones tranquilizantes. Ya casi no queda nadie que conciba la defensa de sus ideas no como una banal estrategia de conquista de la opinión conforme al modelo del *lobbying* sino como un compromiso dentro de un conflicto histórico, en el que uno pelea sin buscar más apoyo que un «pacto ofensivo y defensivo con la verdad», como decía un intelectual húngaro en 1956. Por eso no puede sentirse más que terror ante la unificación de los puntos de vista, la ausencia de todo pensamiento independiente y de toda voz realmente discordante. Si tomamos en consideración la historia moderna, aunque solo sea la del último siglo, da vértigo constatar, por una parte, la variedad y la audacia de tantos posicionamientos, hipótesis y opiniones contradictorios, fuesen cuales fuesen y, por otra, a qué ha quedado reducido todo ello en la actualidad. Al lavado de cerebro de sí mismos al que se entregan tantos protagonistas todavía vivos responden en el mejor de los casos esos trabajos históricos a

veces sensatos, pero que se diría que pertenecen más bien a la paleontología o a las ciencias naturales, tan lejos parecen estar sus autores de imaginar que los elementos que sacan a la luz podrían tener alguna utilidad crítica hoy en día.

El gusto por el conformismo respetable, el odio y el miedo pánico a la historia, salvo como caricatura unívoca y *señalizada*, han alcanzado un punto tal que al lado de lo que es hoy un ciudadanista —con sus indignaciones medidas y etiquetadas, su hipocresía de cura, su cobardía ante todo conflicto *directo*—, cualquier intelectual de izquierdas de los años cincuenta o sesenta casi pasaría por un indómito libertario desbordante de combatividad, fantasía y humor. Viendo semejante normalización de los espíritus, podría llegar a creerse en la acción de una policía del pensamiento. En realidad, la adhesión al consenso es el producto espontáneo del sentimiento de impotencia, de la ansiedad que conlleva y de la necesidad de buscar la protección de la colectividad organizada mediante un mayor abandono a la sociedad total. Poner en entredicho cualesquiera de las certezas democráticamente sancionadas por el asentimiento general —los beneficios de la cultura por internet o los de la alta tecnología médica— podría hacer sospechar una desviación en relación a la línea de la ortodoxia admitida, puede que hasta un

pensamiento independiente e incluso un juicio referido a la totalidad de la vida alienada. ¿Y quién es nadie para permitírsele tal cosa? Todo esto no deja de recordar bastante el lema de la sumisión militante, *perinde ac cadaver*, tal como lo formuló Trotski: «El Partido siempre tiene razón». Pero mientras que en las sociedades burocráticas totalitarias la coacción era sentida como tal por las masas, y era un terrible privilegio de los militantes y de los *apparatchiks* el tener que creer en la ficción de que era posible elegir —a favor o en contra de la patria socialista, la clase obrera, el Partido—, es decir, el tener que poner constantemente a prueba una ortodoxia que nunca estaba asegurada, ese privilegio se ha democratizado hoy, si bien con menos intensidad dramática: nada de oponerse al bien de la sociedad, o a lo que ella declare necesario. Es un deber cívico tener buena salud, estar culturalmente al día, conectado, etc. Los imperativos ecológicos son el último argumento incontestable. ¿Quién no se opondría a la pedofilia, por supuesto, pero, sobre todo, quién se opondría al mantenimiento de la organización social que permitirá salvar a la humanidad, el planeta y la biosfera? Hay ahí una especie de filón para una personalidad «ciudadana» ya bastante vigorosa y extendida.

En Francia, lo llamativo es que la atemorizada sumisión adopta una forma particularmente pesada,

casi patológica; pero para explicarla no hay necesidad de recurrir a la psicología de los pueblos: se trata simplemente de que aquí el conformismo ha de trabajar el doble para afirmarse en sus certezas. Pues le es preciso censurar el desmentido que le infligió por adelantado, hace ya cuarenta años, esa crítica de la sociedad moderna y de su «sistema de ilusiones» que portaba la tentativa revolucionaria de mayo de 1968, y que hizo acceder fugazmente a la conciencia colectiva, inscribiéndolo en el efímero *espacio público* que creó su existencia salvaje. Un rival decrecentista de Latouche, que se declara «republicano» y «demócrata» con más rotundidad, es decir, estatista y electoralista, teme así que «tesis y prácticas extremistas, maximalistas» vengan a reforzar en la juventud los defectos que al parecer son propios de ella, «como el odio a la institución o el rechazo en bloque de la sociedad» (Vincent Cheynet, *Le Choc de la décroissance*, 2008).

XXVI

EXAGERADO CADA DIEZ AÑOS, convertido en esta ocasión, *para acabar de una vez por todas*, en un jaleo en-

sordecedor, el escándalo en torno a la «revolución cultural» que se supone que fue el Mayo francés recuperada, aumentada con las contribuciones de una multitud de falsos testigos, la interpretación de los hechos que dieron enseguida quienes por aquel entonces no negaban que eran la *reacción*. Aunque la relativa mesura observada en la represión que siguió a la crisis ciertamente no recordó en nada a la Semana Sangrienta,¹¹ no faltaron de hecho ni sociólogos (algunos fueron muy maltratados por la agitación que anunció el levantamiento) ni comentaristas y periodistas-policía que vomitasen rápidamente su bilis. De aquel movimiento sin dirigentes ni representantes (pero que algunos se han esforzado en fabricar a toda prisa), en el que los más insignificantes edificios públicos estaban siendo ocupados y que, sin embargo, carecía de racionalidad hasta el punto de que nadie había pensado siquiera en sitiar el Elíseo o la Asamblea Nacional, ¿qué había que decir de él en cuanto dejara de dar miedo, excepto que no había sido en verdad sino una pantomima, un psicodrama de *baby-boomers* jugando a la revolución, una trasgresión recreativa que la «sociedad de consumo» ofrecía a sus *niños mimados*, es

11 Jornadas del 21 al 27 de mayo de 1871, en que la Comuna de París fue aplastada y miles de sus partidarios ejecutados por las tropas de Versalles. (*N. del t.*)

decir, un no-acontecimiento al fin y al cabo? Terca ironía, «los acontecimientos de Mayo» ha quedado como la fórmula habitual con la que se nombra la obsesiva vacuidad de este no-acontecimiento.

Amontonándose sobre esta falsificación inaugural que era la estúpida imagen periodística de la «comuna estudiantil», las capas sucesivas de representaciones falsas depositadas en cada conmemoración con toda seguridad informaban antes bien de la época que las producía, y de la persistente dificultad para digerir la afrenta que el levantamiento infligió a la perspicacia de los analistas de la época, a la totalidad tanto de sus intelectuales como de sus doctores en revolución. Pero muestran asimismo que lo que ha movilizó durante tanto tiempo tantos esfuerzos y competencias nunca ha dejado de percibirse como una confusa amenaza de disolución de todo orden existente: se acabará hablando, según el modelo del revisionismo a lo Furet —para quien la Revolución Francesa desafortunadamente se echó a perder por la existencia de revolucionarios—, de una «demonización del poder que corroe los pilares de la convivencia y desacredita la posibilidad misma de una acción política transformadora» («Mai 68, quarante ans après», *Le Débat*, marzo-abril de 2008). Puesto que el irritante «misterio del 68» sigue siendo que a partir de una agitación muy delimitada, y cuyo

objetivo declarado era destruir la Universidad, tanta gente se lanzase con entusiasmo a la crítica en actos de «todo lo que es criticable», se entiende que la casi totalidad de sus enemigos históricos —expertos jurados o actores autenticados por su asiduidad en los platós de televisión— se adhiera a partir de ahora en un consenso aliviado a la idea de que finalmente ahí no hay más que un «legado imposible», según la juiciosa fórmula de uno de esos expertos. No se podría ser más veraz ni habría mejor manera de decir que esta tentativa de rechazar en bloque todas las alienaciones, viejas y nuevas, no ha dejado nada que puedan reivindicar quienes, para alabarla o censurarla, han proclamado cada vez con más seguridad que el principal efecto del movimiento fue derribar los arcaísmos que encorsetaban aún a la sociedad francesa y que impedían que se lanzase a su modernización integral.

Esa modernización capitalista, muy avanzada bajo el gaullismo, a buen seguro habría proseguido de todos modos, pero los diversos izquierdismos desempeñaron en ella el papel de punto de apoyo que se le atribuye falsamente al levantamiento. Es sabido que solo tras el final de éste, y con la primera vuelta al orden, una vez reconstituidas sus organizaciones disueltas por un Estado que andaba a la búsqueda de un enemigo cuyos motivos pudiese comprender —y

que encontró oportunamente en estos grupos sectarios y jerarquizados, de métodos y objetivos radicalmente *opuestos* a la esencia de cuanto había pretendido y sido el movimiento de las ocupaciones—, adquirieron los izquierdismos grupusculares durante unos pocos años una influencia y una *visibilidad* con las cuales no se habían atrevido anteriormente a soñar. Lo que hicieron con dicha influencia fue invariablemente grotesco y repugnante; unos, que no han llegado todos a senadores, creyendo que Mayo había sido un *ensayo general* de la toma del Palacio de Invierno, mientras que otros, convencidos de estar encarnando una nueva Resistencia y de estar marchando *hacia la guerra civil*, soñaban en voz alta con tribunales populares y ejecuciones sumarias. Todo ello se hundió muy rápidamente, pero a través de la descomposición de todas sus ilusiones y ambiciones políticas, renegando de ellas sin dejar de conservar el estilo y los peores métodos, el izquierdismo ha conseguido quintaesenciarse en una suerte de «izquierdismo cultural» al que todo el mundo está de acuerdo en reconocer el éxito, su aportación inigualable a nuestras costumbres liberadas y por fin verdaderamente modernas. A menudo los hay que se felicitan por el hecho de que, en su fase de mimetismo delirante con la imaginiería militar del encuadramiento burocrático, el izquierdismo francés no llegase a la huida hacia delante

del terrorismo, como ocurriría un poco más tarde en Italia o Alemania. Se puede, sin embargo, enfocar el asunto de otro modo y considerar que su sectarismo, su demencia ideológica, su militantismo sacrificial, en resumen, el conjunto de las prácticas y de la realidad efectiva de esos grupos bastó, sin que hubiese necesidad de pasar al acto, para producir los mismos efectos, *destrozando* una generación revolucionaria en ciernes, infectándola de ideología y haciéndole aborrecer la subversión por medio de sus repugnantes imitaciones. Tal fue la primera contribución del izquierdismo, negativa a la par que decisiva, a la prosecución de la modernización cuyo curso Mayo había venido a torcer.

XXVII

RELATA GUSTAV JANOUGH LOS comentarios desengañosos de Kafka al paso de una manifestación obrera, que desfilaba con sus banderas al viento: «Estas gentes están tan convencidas y tan seguras de sí mismas, y de tan buen humor... Dominan la calle y creen por eso que dominan el mundo. Pero están equivocados. Tras ellos ya están los secretarios, funcionarios y políticos

profesionales, todos los sultanes modernos, a quienes les están preparando el camino al poder [...]. La revolución se evapora y solo queda el barro de una nueva burocracia». (Y es a continuación cuando pronuncia aquella frase: «Las cadenas de la humanidad torturada están hechas de papel de oficina».) Aunque muy cenagoso, lo que dejó esta vez tras de sí la evaporación de la revolución no puede ser definido como una «nueva burocracia». La renovación del personal de la dominación tuvo lugar, desde luego, pero según el mecanismo habitual del relevo generacional en el marco de la sociedad existente. (Esto al menos lo había comprendido el ministro de Interior de la época de la vuelta al orden cuando dijo, con bastante sorna: «Todos esos jóvenes izquierdistas terminarán de diputados o de periodistas moderados».) Si la cosa se hundió en el fango, fue por la promoción de nuevas costumbres, propagadas por los mismos que habían tratado principalmente de contener y canalizar la inundación y adoptadas rápidamente por quienes hasta el final habían sido sus espectadores; siendo lo más destacable el hecho de que esta difusión de las amables *libertades customizadas* que constituyen las costumbres de esclavos de una sociedad avanzada sea presentada por la mayoría de los comentaristas, hasta cuando pretenden ser críticos con semejante «individualismo de mercado», como el

contenido específico de aquella revolución inacabada; no como uno de sus efectos, conforme a un proceso «clásico» de recuperación, sino como su esencia y su significación profunda.

Desde que las revoluciones sociales existen y desde que son derrotadas, habíamos visto empresas de restauración de lo más variado en sus métodos; nunca las habíamos visto conseguir, tan rápidamente y a tan bajo coste represivo, semejante desarme de las conciencias. Cualquiera que hubiera tomado parte en los disturbios revolucionarios de Mayo y viese París en el otoño de 1968 podía comprender inmediatamente, salvo que prefiriese engañarse, qué variedad de rostros adoptaba esta vez la contrarrevolución, y sentir a cuál iba a quedar vinculada. En las calles asfaltadas sin descanso, no era tanto la ubicuidad de la policía lo que caracterizaba la vuelta al orden como una turbia alegría de Directorio: una suerte de jolgorio revanquista dictaba sus comportamientos *liberados* a los Almisclados y las Maravillosas¹² de una clase media

12 *Muscadins* («almisclados») et *Merveilleuses* («maravillosas»); *Petimetres*, *Incréibles...*, nombres que recibieron durante la Revolución los realistas, que llamaban la atención por su atuendo rebuscado y elegante hasta lo ridículo, y que empezaron a dejarse ver en el París contrarrevolucionario del Directorio. (N. del t.)

aliviada, tanto más dispuesta a entregarse en cuerpo y alma a la *moda revolucionaria*, y especialmente a la de la liberación de las costumbres, cuanto que aspiraba desde hacía ya algunos años a dotarse de un estilo de vida más a juego con los diversos equipamientos a los cuales acababa de acceder. Esa fue la ocasión para que el izquierdismo aportase su segunda contribución, positiva esta vez, a la modernización. Pero antes fue preciso que sus variantes más extremistas en la impostura microburocrática alcanzasen, a fuerza de demagogia y de engaño, su punto de putrefacción.

Respecto a la manera en que una parte de aquella «juventud salvaje» —que era el único «legado», frágil, de Mayo— se adhirió al activismo manipulador del izquierdismo, se ha aludido a «una especie de leninismo *a posteriori*» (Kristin Ross, *Mayo del 68 y sus vidas posteriores*, 2003). No obstante, para que tal captación tuviese éxito, el izquierdismo tuvo que poner mucho aventurerismo y mucha demagogia espontaneísta en su leninismo; o más bien en su leninismo-estalinismo, dado que fueron principalmente los maoístas quienes destacaron en este género, como lo harían más tarde en el arrepentimiento mediático, la autopromoción generacional y el maquillaje festivo. A la vanguardia de ese proceso de descomposición, una insólita corriente «anarcomaoísta» trató, ya en 1970, de diversificar sus

zonas de influencia y de darle un tono más *pop* al sordido día a día militante, adaptando la idea de una «revolución de la vida cotidiana» a la más siniestra ceguera en torno a la «liberación» de Vietnam por parte de los estalinistas locales y demás monstruosidades sobre la «Revolución Cultural». Paralelamente, la importación de la «contracultura» a la americana extendía los peores clichés de un consumo desaliñado, aderezado con las drogas de la transgresión, *melting-pot* ideológico que aquí, y quizá también en su país de origen, en cualquier caso significó una impresionante regresión. Todo esto desembocó a lo largo de los años setenta en un hedonismo de masas, convencional en cuanto se hacía alarde de él, al cual había aportado su toque de complaciente «subjetividad» la parte más frágil (calificada en la época de «vaneigemista») de la crítica social moderna.¹³ La abjuración por parte de los izquierdistas a sus ambiciones más policiacas de dirección revolu-

13 «Verdadera vanguardia de la adaptación, el izquierdismo (y principalmente allí donde estaba menos vinculado a la mentira política) ha predicado, pues, prácticamente todas las imposturas que son ahora moneda corriente de los comportamientos alienados. En nombre de la lucha contra la rutina y el aburrimiento, denigró todo esfuerzo continuo, toda apropiación, necesariamente paciente, de capacidades reales: la excelencia subjetiva tenía que ser, como la revolución, instantánea» (Jaime Semprun, *El abismo se repuebla*, 1997).

cionaria sobre todo les sirvió, en nombre de unas «libertades individuales» oportunamente redescubiertas, para recuperar el tiempo que la mortificación militante les había hecho perder en la adopción del estilo de consumo efervescente que en lo sucesivo sería de rigor. De este modo, al alivio obsceno de la «fiesta servil» sucedió en pocos años, extendido a capas cada vez más amplias de la sociedad, un *servilismo festivo* patrocinado por el gobierno.

Lo repentino y la violencia histórica del Mayo francés contenían el imperativo de que la «vuelta al orden» fuese, mucho más que un simple restablecimiento, el perfeccionamiento acelerado del nuevo orden de la mercancía contra el que se había alzado Mayo. Para ser completo, este breve cuadro del papel que desempeñaron a este respecto los izquierdismos ha de mencionar también la manera en que éstos, al reclutar el grueso de sus efectivos en el medio estudiantil, aplicaron a sus futuros cuadros, que se fabricaban a toda prisa para responder a unas necesidades crecientes, técnicas de adiestramiento y de manipulación que anticipaban las que prevalecen ahora en el mundo de la «empresa» y en una buena parte de las relaciones sociales. Imponiendo de hecho una especie de *interdisciplinarietà*, los izquierdistas, en efecto, contribuían, allí donde la Universidad todavía carecía

de pericia, a dispensar las nuevas competencias y a forjar los caracteres necesarios para los diplomados de esta *doble carrera*, preparándoles para ejecutar de manera óptima las tareas que iban a incumbirles a partir de ese momento en la continuación del proceso de modernización; la flexibilidad de que habían hecho gala para someterse a las tortuosas líneas políticas trazadas por sus respectivas direcciones encontraba finalmente su pleno empleo. Algunos sociólogos, que han pasado de una «sociología crítica» a una «sociología de la crítica», más atenta a las *dimensiones positivas del vínculo social*, han pretendido mucho más tarde teorizar el fenómeno y han visto que soplaban por ahí un *nuevo espíritu del capitalismo*. El truco consistía en situar afirmaciones libertarias y crítica de la alienación bajo la categoría *ad hoc* de «crítica artista» y en presentar ésta como algo bien distinto de una «crítica social» pura referida exclusivamente a la explotación y la jerarquía, lo que autorizaba a acusarla de «hacer el juego a un liberalismo particularmente destructor». No puede sorprender que Jean-Claude Michéa haya juzgado «definitivos» los «análisis» de este par de pedantones (Boltanski-Chiapello), pero curiosamente no ha sido el único, incluyendo a algunos de quienes habría podido esperarse más lucidez a propósito de semejante pretensión de refundar la crítica social *ex cathedra*.

XXVIII

SI HEMOS DADO ESTE rápido repaso a las falsificaciones del Mayo francés —ateniéndonos deliberadamente a este único aspecto— no es porque nos sintamos en absoluto obligados por algún «deber de memoria» dictado por las conmemoraciones decenales. Lo que justifica en nuestra opinión estas observaciones retrospectivas es la aparición reciente, después de tantos años de calumnias o de elogios calumniosos, de una nueva ola de comentaristas que pretenden defender el 68 hasta en sus aspectos más antiburocráticos, y que siguen difamándolo, dado que según ellos hay que ver (en la estela del citado libro de Kristin Ross, coeditado por *Le Monde diplomatique*)¹⁴ en el «movimiento social» de diciembre de 1995, Seattle y demás rechazos del «nuevo orden mundial liberal» una continuación, una «vida posterior», de «Mayo». Señalemos solo que, contrariamente a uno de los rasgos más admirables del movimiento de las ocupaciones (su tranquilo des-

14 En España por Acuarela Libros. (N. del t.)

precio del Estado, de la legalidad y de todo «diálogo social»), las protestas «antiliberales» no hacen más que deplorar la desaparición del «Estado social» y su «cultura del servicio público», rebajándose a exigir su restablecimiento. No deja por tanto de tener relación con nuestro propósito de señalar que el *post-68* ha visto cómo se ponía a punto —además de un «festivismo» que, ahora que la tormenta apaga los fuegos de la verbena, ya no es demasiado audaz atacar— una oferta diversificada de protestas igualitaristas segmentadas, pero unificadas por un conformismo reivindicativo que, cuando no hace su apología, evita criticar, aunque solo sea de palabra, las realidades centrales de la alienación tecnológica y mercantil. Es el caso, por supuesto, de las metástasis estatales llamadas movimientos asociativos. Pero también es sabido que protestas, como el neofeminismo o los movimientos homosexuales, que luchaban al menos contra la persistencia de antiguas alienaciones particularmente repugnantes, han podido llegar a encarnar, *French theory* mediante, una muy eficaz vanguardia de la normalización y del conformismo social en la que resulta difícil discernir, de la paridad a los matrimonios gay, qué prescripciones pertenecen al dominio de lo *políticamente correcto* o a aquel *pensamiento único* cuya mención desataba hasta hace poco tantas pasiones. Por boca de sus volátiles

avatares antiliberales, altermundistas o decrecentistas, el ciudadanía formula y desarrolla idénticamente «la demanda social de protección ante la catástrofe». Su descorazonador ejemplo aporta así un útil complemento a la crítica clásica de la burocracia. Ésta se aplicaba al modo en que el Estado impone a la sociedad sus normas y su control. De ahora en adelante, es igualmente la sociedad —por medio de los *hombres cualesquiera* que se movilizan para aunar sus inquietudes y fabricar la imagen de una supuesta «sociedad civil»— la que reclama normas y control. No puede dejar de señalarse, siendo igual lo demás, hasta qué punto esta tierra cenagosa presenta turbadoras similitudes con lo que Primo Levi, en *Los hundidos y los salvados*, designaba como la *zona gris* del *Lager*.

XXIX

EN SU CRÍTICA DE las obras en que Burnham popularizó tempranamente las tesis de Rizzi sobre la burocratización del mundo, señalaba Orwell cómo la fascinación por el espectáculo de la fuerza había conducido a este autor, antes de que terminara por adherirse vul-

garmente a la propaganda anticomunista de la guerra fría, a sobrestimar la eficacia de la organización que él llamaba «de los gestores», aun a riesgo de atribuir de manera sucesiva, en función de las circunstancias, la misma irresistible eficacia a la Alemania nazi y a la Rusia estalinista. Orwell hacía notar que esa manera de predecir la continuación lineal de lo que está ocurriendo y de hablar «de procesos que apenas acaban de empezar como si estuvieran llegando ya a su término», sin tener suficientemente en cuenta la lentitud de todo proceso histórico y lo que hoy día se denominarían las «inercias sociológicas», «conduce por fuerza a hacer profecías equivocadas, porque, aunque apunte con acierto en la dirección de los acontecimientos, fallará en calcular su ritmo» («James Burnham y la revolución de los gestores», 1946). En un texto posterior («La lucha por la dominación mundial según Burnham», 1947), Orwell volvía sobre esta tendencia «a reducir la historia y sus procesos complejos a un puro esquema lógico» y esa clase de «realismo» que falsea la percepción de la realidad, y que llevaba en este caso a Burnham a atribuir un carácter de necesidad ineluctable y de eficacia imparable a la concentración burocrática del poder. Un efecto parecido al «culto de la fuerza que tal influencia ejerce hoy sobre los intelectuales» puede observarse en la fascinación de que es

objeto el sistema tecnológico, su rápido crecimiento y sus «guerras relámpago» contra la naturaleza: son los mismos delirios monótonos de racionalidad infalible, de mutación repentina y brutal, de destino histórico en ocasiones terrible pero siempre grandioso.

Por su parte, la crítica social, incluso cuando ha merecido su nombre, ha incurrido a menudo en alguno de estos errores: o bien ironizaba a propósito de las meteduras de pata y las equivocaciones de los dirigentes, se burlaba de la incoherencia y los ridículos fracasos de sus proyectos, se regodeaba con las «contradicciones internas» que, ineluctablemente, minaban la sociedad existente; o bien, por el contrario, a fuerza de querer ser lúcida con respecto a los progresos de la alienación y de poner así el acento, contra todas las ilusiones revolucionistas, en el perfeccionamiento de la dominación, le concedía a ésta una eficacia, cuando no una racionalidad, capaz de hacerla pasar por indestructible. Obviamente, siempre se corre el peligro de caer en la exageración y en la simplificación cuando se describe un proceso en curso, en este caso aquel por medio del cual se produce la instauración de una «burocracia verde». Pero en realidad era casi indispensable cargar las tintas para hacer ver precisamente en qué sentido el «nuevo curso» de la dominación no puede ser considerado un simple lavado de cara, lo que

los anglosajones llaman *greenwashing*. No ignoramos sin embargo hasta qué punto el proyecto burocrático de gestión sostenible del desastre, desde el momento en que va más allá de una responsabilización consistente en lavarse los dientes cerrando el grifo o en ir al supermercado ecológico compartiendo vehículo para reducir la huella de carbono, se topa con demasiados obstáculos, tanto externos como internos, como para lograr efectivamente una estabilización a escala mundial. (Ahora bien, según su propia confesión, solo a esta escala podría obtener algún resultado.) La administración del desastre que hemos tratado de caracterizar a grandes rasgos conseguirá sus éxitos más llamativos en los países que ya están más civilizados, más acostumbrados a la sobreesocialización. E incluso allí no obtendrá, como toda burocracia, más que un remedo de eficacia. Por muy rápida que pueda llegar a ser la burocratización, precipitada por los estados de excepción que tendrá que decretar, no «resolverá» nada: tendrá que hacer frente, con sus inmensos medios de coerción y de falsificación, al desencadenamiento de plagas de todo tipo y a sus imprevisibles combinaciones. Pero la satisfacción intelectual de saberla condenada al fracaso no nos resulta de gran ayuda, máxime cuando de este modo promete hacer durar, durante un período que puede ser largo, el desmoronamiento de

la sociedad industrial *con nosotros debajo*. No ha lugar por tanto a suputar sus posibilidades y a especular con un «después». Por ahora ya está consiguiendo, y eso al menos con una inigualable eficacia, ahogar por medio de la propaganda y el alistamiento cualquier tentativa de sostener una crítica social que habría de ser a la vez antiestatal y antiindustrial. A este respecto podemos aventurar un paralelismo con la situación histórica de los revolucionarios entre las dos guerras mundiales, en la época en que había que ser a la vez antifascista y antiestalinista; el uso de la amenaza fascista por parte del estalinismo de frente popular recuerda en muchos aspectos al que la propaganda estatista hace ahora de los riesgos de hundimiento ecológico: la misma ocultación de las causas históricas reales, el mismo chantaje de la urgencia y la eficacia, la misma manipulación de los buenos sentimientos unanimitas.

XXX

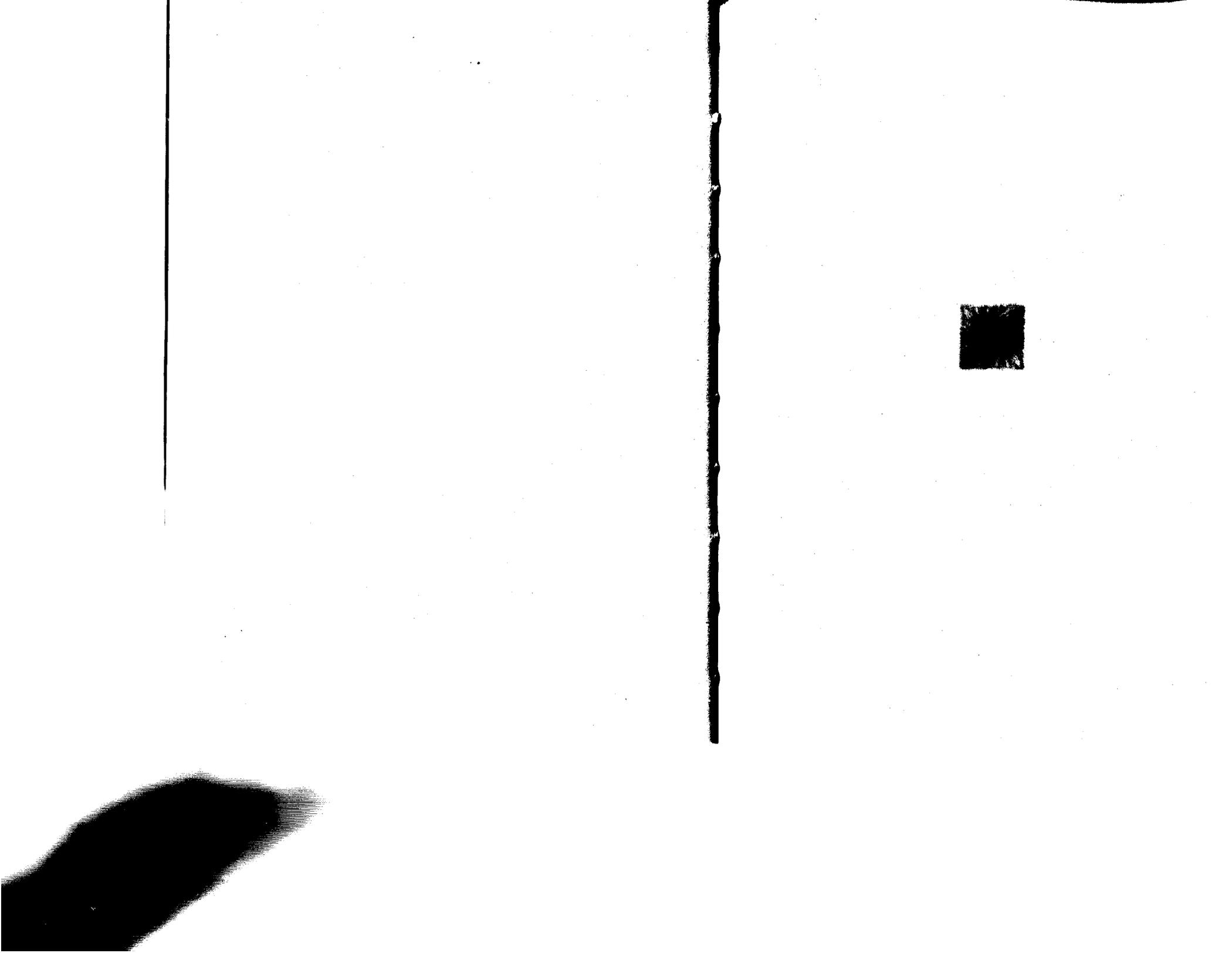
LOS REFRACTARIOS QUE PRETENDAN poner en entredicho los *beneficios*, sean cuales fueren, con que la pro-

paganda por la sobresocialización insiste en seguir embaucando en contra de la evidencia misma, y que rehúsen alistarse en la Unión Sagrada para la salvación del planeta, pueden ir preparándose para ser tratados en breve como lo son en tiempos de guerra los desertores y los saboteadores. Pues el «estado de necesidad» y las penurias que van a ir acumulándose empujarán *en primer lugar* a aceptar o reclamar nuevas formas de servidumbre, para salvar lo que pueda ser salvado de la supervivencia garantizada allí donde aún lo está en algún grado. (Ya se sabe cuál es la situación allí donde nadie puede jactarse de tales conquistas históricas.)

Sin embargo, el curso de esta extraña guerra no dejará de crear ocasiones para pasar a la crítica en actos del chantaje burocrático. Dicho de manera ligeramente diferente: se puede prever la entropía, pero no el surgimiento de lo nuevo. El papel de la imaginación teórica sigue siendo el de discernir, en un presente aplastado por la probabilidad de lo peor, las diversas posibilidades que no por ello dejan de estar abiertas. Atrapados como cualquiera en el interior de una realidad tan inestable como violentamente destructiva, nos abstenemos de olvidar este dato de la experiencia, que nos parece apropiado para resistir: que la acción de unos pocos individuos, o de grupos humanos muy

reducidos, puede tener, con un poco de suerte, rigor y voluntad, consecuencias *incalculables*.

Abril de 2008



et illustration de la novlangue française.
Colaboró en diversas publicaciones como *L'Assommoir*, *Nouvelles de nulle part* o *Resquicios*, entre otras. Dirigió la revista *L'Encyclopedie des Nuisances* y después la editorial del mismo nombre, en la que publicó además de sus propias obras a Günther Anders, Bernard Charbonneau, George Orwell o Chuang Tse. En España sus textos han aparecido en diversas editoriales (*Precipité*, *Muturreko burutazioak* y *Pepitas de calabaza*). Jaime Semprun murió en agosto de 2010.

WWW.PEPITAS.NET